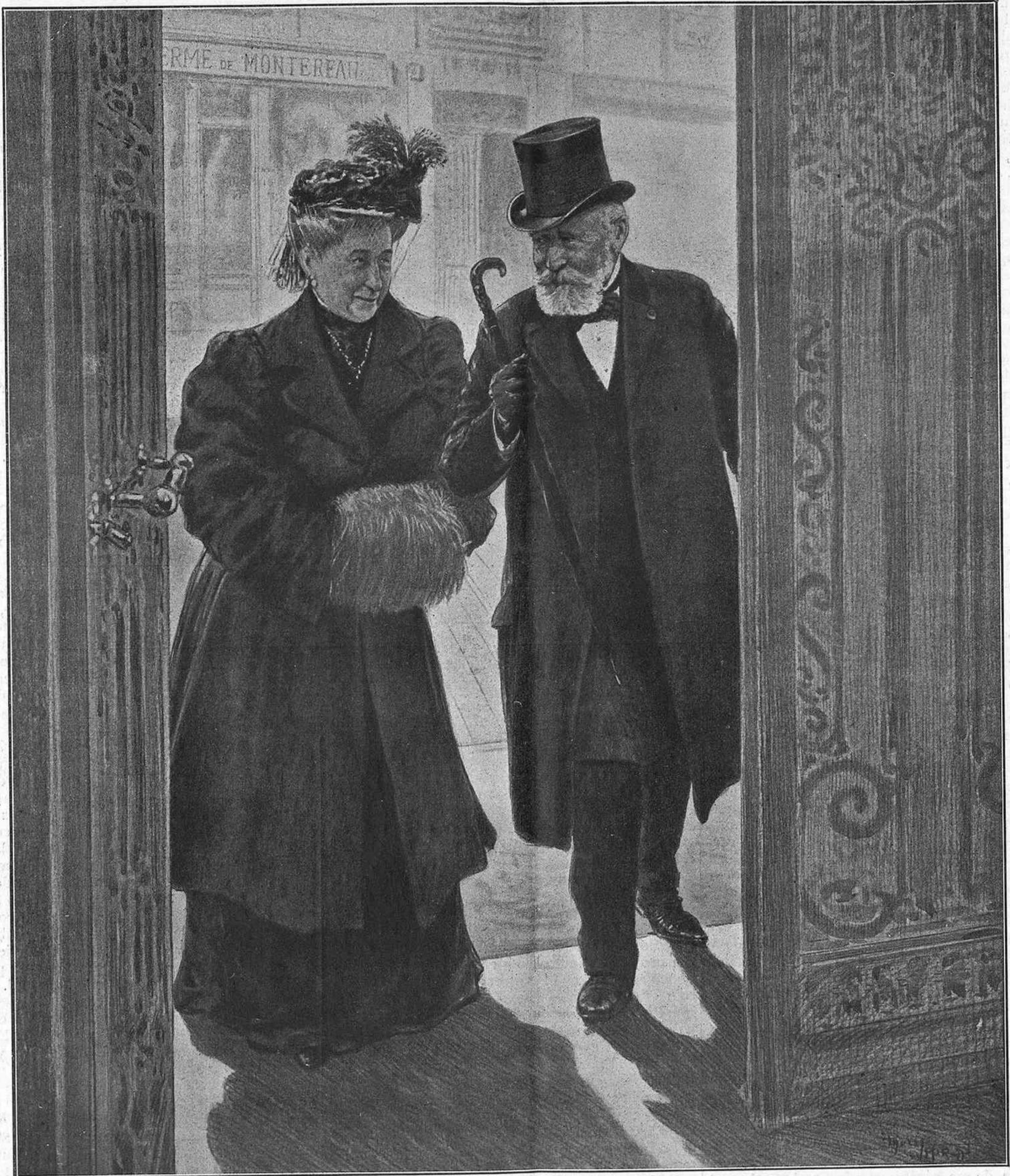


La Ilustración Artística

AÑO XXV

BARCELONA 26 DE FEBRERO DE 1906

NÚM. 1.261



¡AL FIN EN NUESTRA CASA!—EL TÉRMINO DE UNA PRESIDENCIA

Monsieur Loubet y su esposa entrando en su nuevo domicilio particular de la calle de Dante. Dibujo de Pablo Thiriart

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *La condesa de la Buenagua*, por M. Martínez Barrionuevo. — *Entierro del rey Cristián IX de Dinamarca*. — *La transmisión de los poderes presidenciales en Francia*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *El falsario*, novela ilustrada (continuación). — *El terror de los mares*, por P. T. Mac-Grath. Grabados. — *Monsieur Loubet y su esposa*, dibujo de P. Thiriat. — *Funerales celebrados en Barcelona en sufragio del alma de D. Bartolomé Mitre. Vista del catafalco*. — Dibujo de Azpiazu que ilustra el artículo *La condesa de la Buenagua*. — *Tropas chinas europeizadas*, dibujo de F. Matania. — *Vistas del entierro de Cristián IX*. — *Vistas del acto de la transmisión de los poderes presidenciales en Francia*. — *Rusia. La represión en las provincias del Báltico*. — *El cardenal Perraud*. — *Luis Taboada*. — *El «Dreadnought»*. — *Vistas de barcos abandonados*. — *Un oso de una nueva especie*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El caso del hermano vengador, que estos días ha dado pábulo á las conversaciones (con nota general de simpatía, es forzoso reconocerlo), plantea una vez más la eterna cuestión de lo que es el honor, cómo debe entenderse la palabra, á qué obliga, y hasta qué extremo conducen sus tiránicas exigencias.

No creo que nadie lo discuta: el toque del honor consiste, casi exclusivamente, en el concepto que de nosotros forman los demás. Hay en esto subjetivismo, pero nacen siempre de lo objetivo.

¿Y quiénes son *los demás*, en la circunstancia de este hermano vengador? El personal de ferrocarriles; sus conocimientos; sus amistades; el círculo en que se agita; el número de personas que le saludan, ó puede, al encontrarse, pronunciar su nombre.

Es claro que si el hermano vengador se hubiese encontrado, por arte de magia, trasladado á un punto del globo donde nadie, absolutamente nadie, sospechase la deshonra de su hermana, y por lo tanto no supusiese en él ese deber de vindicar la honra de la hembra que al varón incumbe, no cruzaría por la mente de este hermano, que no es hombre de instintos criminales, la idea de meterle cinco balas en el cerebro al seductor.

Conviene, pues, que la sociedad se muestre indulgente con semejantes delitos, una vez que es la opinión, producto de la sociedad, la que á cometerlos incita.

No quiero dar á entender que existan puntos de honra de varias clases, aplicables los unos á las personas de muy elevada posición y los otros á las que no ocupan lugar tan preeminente en sociedad. Los sentimientos honrados y fortísimos que deciden ciertos actos, pueden surgir, y surgen, quizás con mayor fuerza y energía, en los corazones de la gente humilde, ó de modesto pasar y condición; todos los días vemos confirmada esta verdad. Sin embargo, lo cierto es que la mancha en la opinión de una señorita que no brilla ni bulle, sólo se hace pública cuando alguien de su familia toma resonante y trágica venganza. No es esta de las menores anomalías que en el concepto de honor cabe observar. Ignorábamos todos el drama de familia que nos revelaron los disparos de revólver hechos con firme pulso y singular acierto por el matador de Béchades. Este drama se sabría únicamente en un círculo reducido; pero ese círculo era el que importaba, el que preocupaba, el que decidía del punto de honra, para el hermano vengador, el cual, en vez de *secreta venganza*, buscó la publicidad del castigo, compensación de ya antiguas y ocultas amarguras.

Porque es indudable que lo tardío de la resolución, en vez de probar que el hermano vengador procedió á sangre fría, prueba que obedeció á una obsesión violenta, dominadora. La indignación, el dolor de los primeros instantes, se transformaron en idea fija, con la cual habrá luchado día y noche, entre el retemblido del humeante tren y el sordo fragor con que cruza los sombríos túneles. Cuando una resolución de ese género prende en el cerebro, el tiempo no hace más que desarrollarla, prestarle caracteres de fatalidad. La superficial psicología que por ahí se gasta no comprende sino el impulso instantáneo, como de diabolino de caja de sorpresa,

que salta cuando el resorte es oprimido. Hay más cuevas y recovecos en el alma humana de lo que suponen estos baratisimos Horacios, que todo lo arreglan manifestando lo que «ellos harían» en caso tal, como si existiese patrón á que ajustar la riqueza desbordante de los sentimientos, su variedad infinita, su impetuosa florescencia, su complicada maraña ó red. El que lleva en sí mismo su propio límite, no debe creer que ese es el límite universal, procediendo al modo de aquel individuo que todo lo media con su paraguas.

Los que leen estas crónicas saben que yo les hablo poco ó nada de mi literatura. Creo no haberlo

zase el primer acto. Los orígenes de esta predisposición feroz de los espectadores serán quizás los que señala *Zeda*, y á ellos pudieran sumarse varios móviles de muy diversa índole, que aquí no he de analizar; pero el recurso de que echaron mano para indisponer al público con mi primer drama, quince ó veinte días antes de que se estrenase, fué formarle una *leyenda negra*, dando por cierto que allí moría hasta el apuntador, y no sé si media docena de espectadores de orquesta.

Como ciertas famosas Cortes, mi drama estaba «deshonrado antes que nacido», y tenía hasta su apodo: se llamaba por mal nombre «El huerto del francés.»

He aquí por qué me interesa, en la medida de lo posible, que no se me atribuyan mayor número de homicidios de los que realmente cometí.

A *Zeda* el drama *Verdad* le parece una equivocación, á pesar de reconocer que hay en él «grandeza de concepción, cantidad de talento, escenas, rasgos y frases de extraordinario valor, etc.» Yo no he de discutir el mérito ó demérito de una obra mía; pero sin entrar en tales apreciaciones, quisiera aquilatar el alcance de la palabra *equivocación* en arte dramático. No se me ocurre negar que, en efecto, me equivoqué en *Verdad*, ó mejor dicho, me hubiese equivocado, si de antemano llevase la presunción de ser aplaudida en esa obra; mas no la llevaba; la obra me parecía, como se dice en *argot* teatral, peligrosa, amén de extraña y nueva, que es otro peligro. Sabía yo además que detrás del público hostil vendría la crítica encarnizada, recargando; sabía que á mí no se me aplicaría absolutamente ninguno de los criterios de tolerancia que diariamente veo aplicar, y que para mí no se han hecho. En este respecto no me equivoqué, no podía equivocarme.

En el que llamaremos teatral, es indubitable que, dando por supuesto que se escribe para un público, ese público no gustó de mi obra.

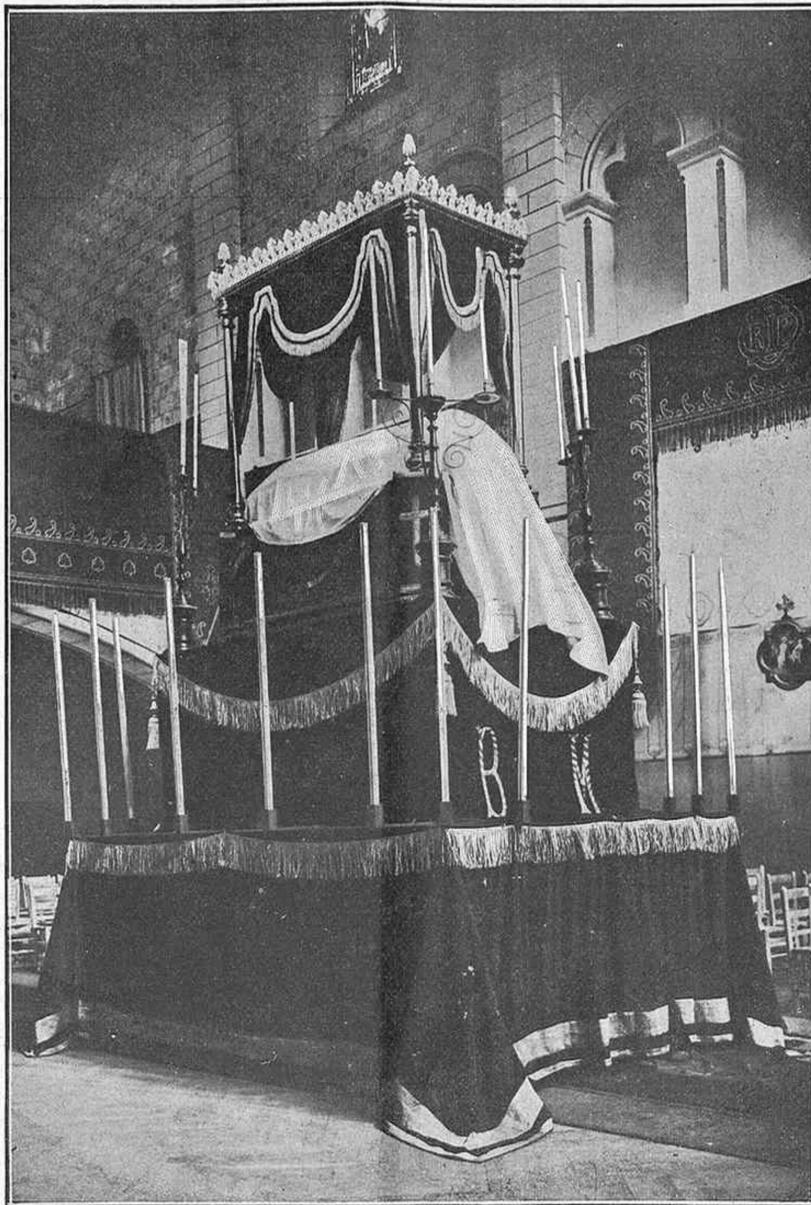
Ese público era el de determinado teatro, en determinado período del arte dramático, en determinada nación. Con respecto á este público, me he equivocado. Es decir, con respecto á una gran parte de ese público, supongo que la mayoría. Una minoría importante por su inteligencia, por su sinceridad y su amor al arte, ha opinado de modo completamente opuesto, exaltando á *Verdad* en términos que no he de reflejar ni comentar. Basta saber que no fué mi equivocación de esas por nadie negadas, sino de las que promueven discusión, marejada y revuelo literario.

Y lo que me ha hecho comprender que *Verdad* no ha caído en el pozo de apacible indiferencia que se sorbe tantas obras rechazadas y aun aplaudidas, es que los partidarios de *Verdad* no son, por lo general, del número de mis amigos, y que entre mis amigos abundan los adversarios de esa obra. Yo recojo toda opinión, yo adiciono esas impresiones, con la calma rayana en flema británica que tengo en estos asuntos, y sin la cual no me hubiese determinado nunca á escribir para el teatro, pues no conozco ser más digno de compasión que un autor dramático excesivamente nervioso, y á veces he aplaudido obras que no me satisfacían, pensando en el sufrimiento del que aguarda, detrás de una bambalina, el pasajero testimonio de la aprobación de la multitud.

En parte, mi calma se debe á que tomo el teatro —sin exceptuar el mío— como *espectáculo*. Es decir, que lo referente á ensayos, estrenos, éxitos y la mecánica interior que esto lleva en sí, despiertan mi curiosidad lo suficiente para entretenerme como á un mero *dilettante*, por la observación y el análisis de pasiones, miserias, luchas é ilusiones que ello envuelve. Hay en el teatro infinitos elementos ajenos á la literatura, que le prestan interés, humanísimo. Es un estudio, más viviente y sangrante que el de los libros.

Es vida en que el artificio y la realidad, combiándose, dan por resultado un poco más de experiencia.

EMILIA PARDO BAZÁN.



BARCELONA. — Funerales celebrados en la iglesia de la Casa Provincial de Caridad el día 16 de los corrientes en sufragio del alma del ex presidente de la República Argentina D. Bartolomé Mitre, por iniciativa del Sr. Cónsul de la República y de varios argentinos y españoles admiradores del esclarecido ciudadano. — Vista del catafalco levantado en el centro de la iglesia. (De fotografía de Castellá.)

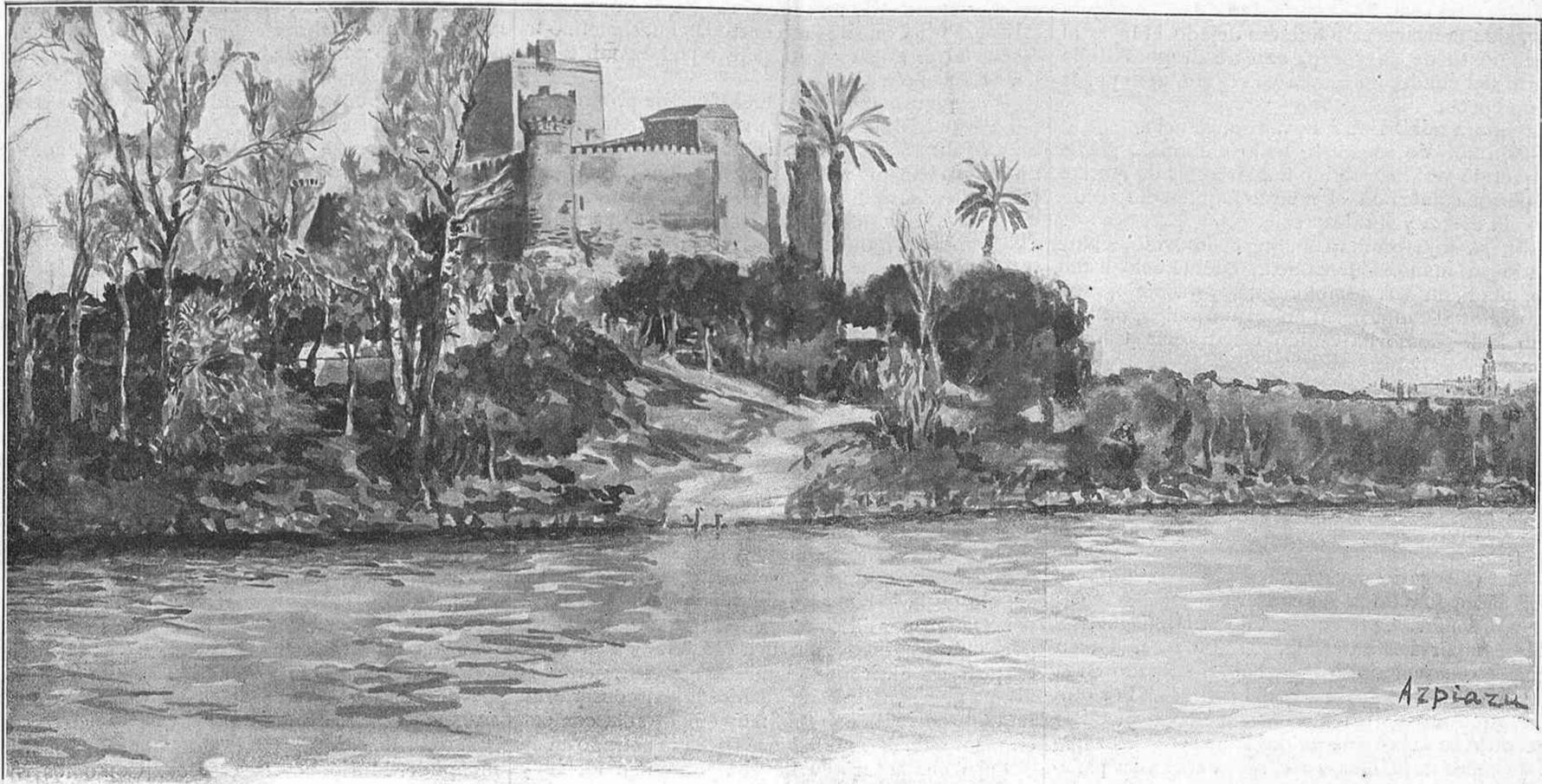
hecho dos veces en muchos años. Mi vida literaria es movida, activa y fecunda, pero no la traigo á alternar con «*La vida contemporánea*» en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Hago ahora una excepción porque en esas páginas, en la crónica de teatros del Sr. Zeda, leo algo que á mí se refiere y que me da pie y hasta en cierto modo me obliga á escribir consideraciones de carácter personal.

Cualquier lector, en mi caso, haría lo mismo. De cierto, lector, si te imputan una muerte que no cometiste, te apresuras á vindicarte.

Trátase de mi drama *Verdad*, recientemente estrenado en el teatro Español. *Zeda* dice que, de los personajes que intervienen en la obra, tres mueren de mala muerte en el transcurso de ella. Yo necesito rectificar: no son sino dos, y una de estas dos muertes es involuntaria. La vieja Ildara muere de su muerte natural, y no se la ve morir: el fallecimiento de este personaje episódico se sabe que ocurrió entre el primero y el segundo acto.

El pormenor tiene su importancia, no sólo por lo que significa dentro de los actuales gustos del público, que se revela abolicionista de la pena de muerte en el teatro, sino por referirse á una obra que, según el Sr. Zeda declara con sinceridad que le agradezco, tenía que luchar cual ninguna otra en la temporada y desde años hace con hostilidades del auditorio.

Esto no lo ha dicho sólo *Zeda*: voz unánime ha sido la de que existía una prevención especial en contra de mi drama, prevención que no esperó, para manifestarse, ni á que se levantase el telón y comen-



En las riberas del Guadalquivir y en el término de Sevilla levantábase un castillo

LA CONDESA DE LA BUENAGUA

En los campos de Sevilla sobre el borde del Guadalquivir en una sinuosidad de sus riberas, se cometió un crimen cierta noche, crimen que por las mismas circunstancias en que fué cometido, revistió gran interés para los habitantes, no sólo del campo, sino de la ciudad populosa. Fué un crimen que quedó en la sombra. En la sombra continuó mucho tiempo para todo el mundo.

Ello fué que en las riberas del Guadalquivir y en el término de Sevilla levantábase un castillo, antigua fabricación romana que restauraron después los árabes; más tarde, en tiempos modernos, la restauró otra vez, la hermoseó, la modernizó, por decirlo así, el último descendiente de la raza de aquellos señores; un conde de la Buenagua, sujeto ya de alguna edad, gastado por la vida que suele gastar á los grandes, pero fuerte aún, altivo, de continente señorial y gran aficionado á toda clase de *casas*, afición que le había costado sinsabores sin cuento. Este señor conde, que era soltero y solo, iba á contraer enlace con una jovencita linajuda, única descendiente de otra gran familia; un matrimonio, á lo que decíase en tierra sevillana, de amor y de interés... Matrimonio, como veis, de doble atractivo para aquellas almas enamoradas... é interesadas.

El matrimonio iba á celebrarse en la suntuosa capilla del castillo. El conde de la Buenagua, tanto como los padres de la novia, hicieron gran número de invitaciones, y toda la grandeza sevillana honró la noche de la boda el castillo, que resplandecía de luces y flores.

Ello fué también que, pocos momentos antes de celebrarse la imponente ceremonia, deseadísimos por los novios y la familia de los novios, el conde de la Buenagua entró en su alcoba un instante, no se sabe con qué motivo. Como tardara en aparecer en la capilla, donde esperábanle la novia, los padres futuros y todo aquel tropel de grandes señoras y grandes caballeros, pasáronle aviso con su ayuda de cámara, y éste volvió loco de terror, diciendo que la puerta estaba cerrada por dentro y que no respondía nadie, por mucho que había llamado. Figúraos la algazara que hubo en el castillo; figúraos el pánico; corrieron angustiosamente á las habitaciones del conde; en efecto, la puerta estaba cerrada, la llave puesta por el interior; descerrajaron la puerta y encontráronse al conde, tendido de bruces en una otomana, muerto, con el pecho traspasado por un puñal. El mueble estaba empapado en sangre, en la alfombra había también un gran charco sin coagular aún, caliente, humeante. Era horrible.

Pero aquí entran los comentarios; aquí entran las cábalas, porque entra precisamente el misterio. Era una noche invernal; la puerta, como sabéis, estaba cerrada por dentro; las ventanas y balcones, como

pudo observarse, cerrados también herméticamente. No había podido entrar nadie por lo tanto á cometer el crimen estando allí el conde. No pudieron haber entrado tampoco mientras el conde estuvo fuera de la habitación para esperarle en acecho, porque les hubiera sido imposible salir, estando, como sabéis, todo cerrado interiormente. Preguntaréis conmigo: ¿No pudo el conde haber atentado contra su vida? Podía tratarse muy bien de un suicidio. Suposición absurda. La herida demostraba que fué hecha por otra persona, por el sitio donde habían asestado el golpe. La herida era en la espalda. Los médicos opinaron, y sin ser médico lo habría opinado así cualquiera, que hubiese sido imposible calificar aquello de suicidio. Quedaba otra suposición: el mismo conde, antes de morir, ¿no hubiera podido cerrar puertas, ventanas y balcones, después que el asesino hubo escapado, sin que nos pongamos á pensar ahora en las causas que pudieran haberle obligado á favorecer la fuga del criminal? Tampoco. Allí estaban los médicos para testificar, plenamente convencidos, que el conde no pudo dar un paso después de la agresión, porque fué la muerte instantánea.

Resumen: el conde fué enterrado con gran pompa; la novia desapareció con sus padres del castillo y del país, sabiéndose después que había contraído matrimonio con otro gran señor más afortunado que el difunto conde. La justicia fué y vino algún tiempo, no se aclaró nada, el crimen quedó sin castigo y el muerto en el hoyo.

Ocurrió el drama hace veinticinco años. Quien estas líneas escribe tenía sus pretensiones aún. La sangre caliente hacíame pensar que la vejez estaba lejos todavía. Hoy, mi cabeza blanca y mi cuerpo encorvado por la vejez, la verdadera vejez, están bien lejos de aquellos días alegres, aunque ya había pasado mi primera juventud. El verano último estuve con mis hijos en una linda propiedad de nuestra pertenencia, no distante de la suntuosa mansión de los condes de la Buenagua, aquel castillo donde murió misteriosamente su último poseedor.

En la época en que ocurrió el drama, estaba yo en nuestra residencia, soltero aún, en compañía de mi madre. Había alguna amistad entre el conde y yo. Fuimos juntos de cacería diferentes veces. Éramos de los invitados la noche de la boda. Fué esta la causa de que nos impresionase más el trágico suceso.

Al declinar una tarde del anterior verano á que me referí, acababa yo de contar á mis hijos lo que se sabía del misterioso crimen. Habíase suscitado esta conversación porque pudimos observar desde el día antes un movimiento singular en el castillo próximo, que estuvo cerrado sin un conserje, sin un guarda, como si no tuviese poseedor durante tan-

tos años. Habíanse abierto de pronto sus puertas, y un tropel de obreros empezó á trabajar para hacer habitable sin duda la hasta entonces abandonada mansión.

Quedé solo, aspirando la fresca brisa. Mis hijos paseaban en su lancha por el Guadalquivir. No sé qué pensamientos acometiéronme, relacionados con aquellos días en que murió el conde. Sin duda aquel movimiento del castillo trajo á mi mente ideas melancólicas. En estas reflexiones estaba, cuando vi acercarse por una angosta senda una señora de noble continente. Me levanté para salir á su encuentro. Cuando estuvimos juntos, con una mirada tan detenida como la más perfecta urbanidad pudo permitírmelo, me hice cargo... Era una mujer de mucha distinción. Parecíame joven, pero bastante acabada por la enfermedad ó el sufrimiento. Era de estatura mediana. La frente, de palidez intensa, surcábase de arrugas, y el rostro atraía desde el primer instante, por un sello de bondad verdaderamente cautivadora. Los ojos negrísimos, de dulzura indefinible, acariciaban mirando, con una caricia honda, pura, intensísima. Quedé contemplándome con suave expresión, y la boca, que no parecía habituada á sonreír, iluminó con un principio de sonrisa aquel rostro, haciéndole rejuvenecer. Sufrí una impresión extraña de inquietud y bienestar, mezcla de sentimientos que no me pareció entonces, por una particularidad inconcebible, nueva en mi corazón. Con el sombrero en la mano, quedé silencioso. La escena hacíase difícil. Iba yo á interrogar no sé qué, y adelantándose la dama, dijo, con una gracia encantadora, á pesar de sus años y sus melancolías, como si continuase en voz alta sus reflexiones y dirigiéndose ya á mí:

—Sin embargo, señor, usted me amó mucho en otro tiempo.

La contemplé confundido, con gran fijeza. ¿Qué acababa de decir aquella señora? En sus palabras creí entrever como un dulce reproche porque no la reconocía.

Llegamos á la puerta. La ofrecí un asiento y yo quedé de pie.

—Parece que debo conocerla á usted, dije algo confuso, á pesar de mi costumbre de hablar con las gentes al cabo de mi vida y de todo mi mundo recorrido. Perdóne usted, señora, mi torpeza; no la recuerdo.

Sonrió tristemente y repuso temblorosa:

—¿Se acuerda usted de Juanita la del conserje?

Un rayo cayendo á mis pies no me hubiese producido el efecto de su pregunta.

—¡Tú!.. ¡Usted!, dije aturdidamente.

Pasó por mi cerebro como una ráfaga la memoria de Juanita, una chiqueta de diez y ocho años, hija del conserje del castillo en tiempos del último conde; una lindísima criatura por quien anduve loco,

AZPIROZ

aunque ella me rechazó sin cesar, modesta, ruborosa; y no sé lo que habría sido de mí con aquel amor, si la muchacha no hubiese dejado el lugar al fallecimiento de su padre, antes ó después de la muerte del conde, no estaba yo seguro, pero por la misma época.

La señora mirábase á su vez en silencio.

—Sí, dijo. Yo soy... Me hallo enferma... grave. He querido ver, he querido hablar antes de morir á una persona única en el mundo á quien he recordado sin cólera y sin desprecio.

—Sí, sí, dije profundamente conmovido, estrechando su mano. Cuéntame..., cuéntemelo usted todo, añadió, en voz temblorosa; soy ya viejo, pero tengo valor. Tendrá usted en mí un amigo, un hermano leal. ¿Cómo ha venido usted aquí? ¿Cuál es su casa.

—He venido fácilmente. Mi casa es aquélla, y tendió su mano para señalar el castillo.

Permaneció así un segundo como la estatua de la Desolación, señalando siniestramente un lugar de catástrofe y ruina.

Y añadió esta sola frase, con un extraño temblor en el acento:

—¡Allí!

—Estoy seguro, exclamé emocionado, no será usted ahora Juanita la del conserje.

—No, señor. Soy la condesa de la Buenagua.

Mi estupor fué indecible. ¿Estaría loca? ¿Quién existía con aquel título para haberlo legado en la forma que fuera á Juanita la del conserje? Por otra parte, ¿qué transformación era aquella en Juanita? Y recordé su saya corta de otros tiempos, sus zapatos de cuero durísimos, su corpiño azul y su pañoleta, comparándolo todo, sin querer, con aquella dama de una elegancia sencillísima, de ademanes de gran señora, con esa indudable, suprema distinción que suele caracterizar á las razas privilegiadas. Como si comprendiese ella lo que por mi cerebro iba pasando, exclamó mirándome de una manera singular, con aquellos ojos profundos.

—Todo eso lo hice..., todo eso lo conseguí, por mi hijo.

Estuve un momento sin acertar con mis ideas. Me repuse un poco; quise hacerla una pregunta que avasallaba ya mi pensamiento hacia algunos instantes. La hice. «¿Por qué era condesa de la Buenagua?» Contestó sombríamente:

—Porque mi matrimonio con el conde se celebró diez y ocho meses antes que él falleciera; matrimonio secreto, verificado en la misma capilla del castillo, siendo testigos mi padre, que murió poco después, y un viejo mayordomo á quien usted recordará, fallecido también poco antes del asesinato del conde.

Su acento, al hacerme la revelación, era frío, monótono. Clavaba en mí una vidriosa mirada. Parecía una muerta.

Yo no pude proseguir de pie. Ella continuaba sombría, con lentitud:

—De aquel matrimonio nació un hijo. Juanita la del conserje tenía entonces diez y seis años. Acababa de cumplirlos. Una gran pena, ¿es verdad?

Y su mirada, vidriosa hasta entonces, hirió mi corazón como un acero.

—¡Una gran pena!, repitió convulsamente, como con amago de un ataque epiléptico.

Y añadió aún con espantosa ironía, que hizo estremecer mi alma de piedad y dolor:

—Fué cuando usted empezó á amar á Juanita la del conserje, sin sospechar, ¡cómo había de sospecharlo!, que era esposa de su amigo... Que era la condesa de la Buenagua.

—Pero que el casamiento fuera secreto me lo he de explicar, por las apariencias..., por las conveniencias, tal vez... Lo que no puedo explicarme es el secreto del nacimiento del hijo. ¿Cómo pudo ser así?

Ella, riendo entonces sarcásticamente, repuso:

—¿Qué hay imposible para un alma perversa, que todo lo hace por su propio placer y su propio egoísmo? Fuí madre y nadie lo supo. Lo fuí, encerrada en habitaciones reservadísimas del castillo, asistida por persona desconocida en la comarca, que vino de otros lugares.

—Pero en resumen, repliqué nuevamente, como si mi cerebro fuese á estallar, ¿cómo un hombre casado intentó casarse de nuevo? ¿Y esa esposa? ¿Y ese hijo?

Y ella, mirándome entonces con ojos febriles, centelleantes, contestó lacónicamente:

—Por eso le maté.

Nada dije. Un silencio sepulcral, reinó por algunos segundos.

No sé qué me impulsó. Mi alma se abrió de pronto á una ternura, á una piedad inmensas.

—¡Juana, pobre Juana!, exclamé con lágrimas en los ojos y en el corazón, tendiéndole las manos.

Una lágrima, una sola, donde parecía haberse con-

densado todo el horror, todo el sufrimiento, la historia entera de una vida miserable, salió á sus ojos, quemándoselos. Con su mano entre las mias, inclinó la cabeza algún tiempo. Respeté aquel instante solemne de su alma.

—Venga usted, dijo, levantándose de pronto.

La seguí. El sol se había puesto. Las flores empezaban á abrirse. Ella andaba con dificultad y se apoyó en mí. No hablamos. Descendimos por una pequeña pendiente, hasta dar en unas canteras abandonadas de tiempos remotos. Entró decidida por una rotura del granito. Anduvimos un trecho regular, hasta que se detuvo ante la misma roca, que interrumpió nuestro paso. Empujó á la derecha, sin esfuerzo, una esquina de la roca y se abrió un postigo. Entramos. Después de subir algunos escalones y de abrir otra puerta en la misma forma, me encontré con mi acompañante en una estancia reducida, muy modesta.

—Es la habitación del conserje: la que habitábamos mi padre y yo hace muchos años. Mi padre, antiguo conserje, hijo, nieto de conserjes, me reveló el secreto del castillo que su mismo poseedor ignoraba. Este secreto pudo ayudarme á impedir que aquel hombre cometiera una villanía.

Hablando, oprimió otro resorte invisible en un ángulo de la habitación. Abriéndose otro postigo, penetramos por él, cerrando inmediatamente. A los pocos pasos dimos con una escalera, y á su final, después de abrir por el mismo procedimiento la última puerta, me vi con Juanita la del conserje en un dormitorio lujosísimo, muy empolvado, como si en mucho tiempo no hubiese nadie penetrado en él.

Puso ella la luz que llevaba sobre una mesita y quedó silenciosa, inmóvil, fijos los ojos en un sitio de la estancia. Su rostro bañábase de una lividez mortal.

—Allí, dijo señalando fatídicamente, estaba el mueble donde cayó. Entré en el castillo con pretexto de traer flores á la novia, pero con intención decidida de hablar al conde. Estuve entre los convidados. En un momento en que no podían observarnos, hablé con él. Estaba loco. Iba á casarse dentro de una hora, sin una palabra, sin una explicación, sin una excusa para mí, para su mujer, para la madre de su hijo; fiado en la impunidad, fiado en que yo, pobre criatura abandonada, no hablaría, y aunque hablase, no se me escucharía. Todos los documentos que comprobaban nuestra unión, nuestra legítima unión, estaban en su poder..., pero yo sabía dónde estaban.

Me desconocí. No era yo entonces la humilde, la linda Juanita, con quien se había casado, no pudiendo vencerla de otro modo... ¡Y yo le amaba! —añadió la infeliz con un fuerte temblor de todo su cuerpo.—Yo no quería su esplendor ni su notoriedad. Bastábame con él y con mi hijo. Me desconocí. No lo comprendía; no era yo la mujer entonces; era la madre.

—¿Qué quieres?, me dijo.

Y se lo dije: que no se casara. Rió con desprecio. ¿Quién lo impedirá? Y rió más... Rió. No era hombre de súplicas ni atenuaciones. Tenía un corazón duro. Batallaba... Vencía ó moría.

—Yo lo impediré, repuse tranquilamente.

—¿Cómo? ¿Y tu fuerza?

Y me miraba desafiándome.

—Mi fuerza está en mi hijo.

Se encogió de hombros. ¿Qué le importaba? Se casaría. ¿Quién iba á oponerse? La mujer aquella sería mujer suya antes de veinte minutos.

—¿Veinte?, repetí muy serena; pues yo te doy quince para que lo reflexiones.

No eran mis palabras para reír; pero reía, reía con toda su alma.

—Bien, sí, exclamó de pronto. ¿Quince minutos? Lo pensaré.

Salí. Cuando estubo cerciorado de que había salido, ordenó que cerrasen cuidadosamente todas las entradas. Cuando yo pudiese hablar, cuando me pudiesen oír, sería tarde. Además, lo sabía él. ¿Quién iba á oírme? ¿Quién iba á darme crédito si me oía?

Mi padre había muerto. Yo no vivía en apariencia en el castillo; entraba y salía secretamente, pero por otras puertas, que el conde conocía también, contra las que se prevenía al igual aquella noche para que yo no entrase. Pero la existencia de este postigo no la conocía, no quise revelársela. Fué mi única, mi última reserva contra aquel hombre.

Se alababa á solas en esta habitación de su triunfo. Alabábase y disponíase á destruir las pruebas inmediatas de nuestro casamiento. Cuando me vió entrar por ese postigo, creí que me mataba. Venía por su respuesta. Me amenazó ferozmente. Me arrojó, le supliqué... ¡Cómo le supliqué! Volvía la cabeza despreciándome. Por último, trató á su vez de

convencerme con gran ternura, con mucho apasionamiento... Me amó, me amaba todavía... Por circunstancias verdaderamente fatales tenía que unirse á la mujer que aguardaba á pocos pasos, en la misma capilla del castillo... Pero aquello no podía matar su amor por mí... No podía impedir que yo fuese su amor y su vida.

—¡Sí, sí!, decía yo palpitante. ¡Sí, sí, bueno! Pero ¿y mi hijo? ¿Y nuestro hijo?

No pudo remediarlo; su alma dura le impelía... Se encogió de hombros.

—Tú sola, exclamó.

Yo grité, revolviéndome como una fiera:

—Si hombres así engendra Dios, las mujeres, ¿para qué nacen? ¡Quiero mi honra! ¡Quiero el nombre de mi hijo!

—Es una locura que te podría matar, díjome sombríamente.

Se oían voces fuera, llamándole.

—¡Mi hijo tendrá su nombre!, repuse también sombríamente; no lo tendrá..., lo tiene, es suyo. ¡Mi hijo antes que tú! ¡Mi hijo antes que yo! Lo sabrá todo el mundo... Lo dirás tú... ¡Que es tu hijo! ¡Tu hijo legítimo!.. ¡Tu hijo honrado!

Y él, loco, feroz, rugiente, me arrojó al rostro estas palabras:

—¡Lo haré pedazos primero y te lo tiraré á los pies!

Una nube de sangre cegó mis ojos. Me volví loca. Se desprendió de mí para correr, para huir, dejándome encerrada con la esperanza de que no oyese mis gritos. ¡Qué sé yo! ¡Alejábase! ¡Corría! Pensé en su infamia... Pensé en mi hijo... Corrí... Corrí más... ¡Fueron tres pasos!.. ¡Herí! Herí donde pude... Como pude. Murió por la espalda. ¡Como los viles! ¡Era su sino! Cuando le vi muerto, lloré... Lloré por mi amor... Lloré por mi dicha, que acababa de aquel modo; pero pensé en mi hijo y no sé qué espantosa ferocidad invadió mi alma. Le hubiera matado de nuevo.

Cogí los papeles que me podrían valer de un cajoncito secreto que hay en esa mesa—y señaló la mesilla donde estaba la luz,—y salí silenciosamente por el postigo, sin dejar rastro. Fuí á la aldea donde mi hijo criábase y me alejé de Sevilla y de España. Viví en París dedicada á mi hijo. Creció, se educó con recursos de que disponíamos, por cesión, en vida, del conde, recursos que yo acepté por su hijo. Hace algunos años escribí á España á un abogado de gran experiencia y energía. Tardó mucho, pero se tramitó... Se arregló todo. Sobre el sombrío drama se echó tierra fácilmente, después de tanto tiempo y cuando se supo la verdad de las causas que lo motivaron. Mi hijo, ignorante de mi culpa, entró en posesión de los bienes y el título que le correspondían.

Había cogido la luz, habíamos bajado la escalera oculta, habíamos salido otra vez á la campiña. Ibamos silenciosos. La luna brillaba esplendorosa. Oíanse, como suaves rezos, las aguas del río deslizándose apacibles. Como en la puerta de mi casa, otra pregunta ardía en mi corazón. Llegamos, sin hablar, hasta la orilla del río. El agua deslizábase allí entre los juncos en silencio misterioso. Pregunté temblando:

—¿Y su hijo?

—¡Mi hijo?, repitió como si no supiera lo que iba á responder.

Y transcurrida una pausa añadió con aquel acento frío, monótono:

—Mi hijo salió á su padre; no pude remediarlo... Altivo, duro, enamorado, pendenciero. Al entrar en posesión del título y la fortuna, se volvió loco.

—¿Está en París?

—Sí, en París.

Y su acento era helado entonces, lúgubre.

—¿Por qué no viene?, pregunté á mi pesar.

—Porque está allí... ¡Porque está muerto! ¡Le mataron!

Temblé de horror por los sufrimientos, por los sacrificios inútiles de aquella desgraciada. Y añadió ella en grito sordo, sin igual, compendió, resumen de su existencia miserable:

—¡Le mató una mujer!

No hablé... Me faltó la voz... Me faltó el aliento.

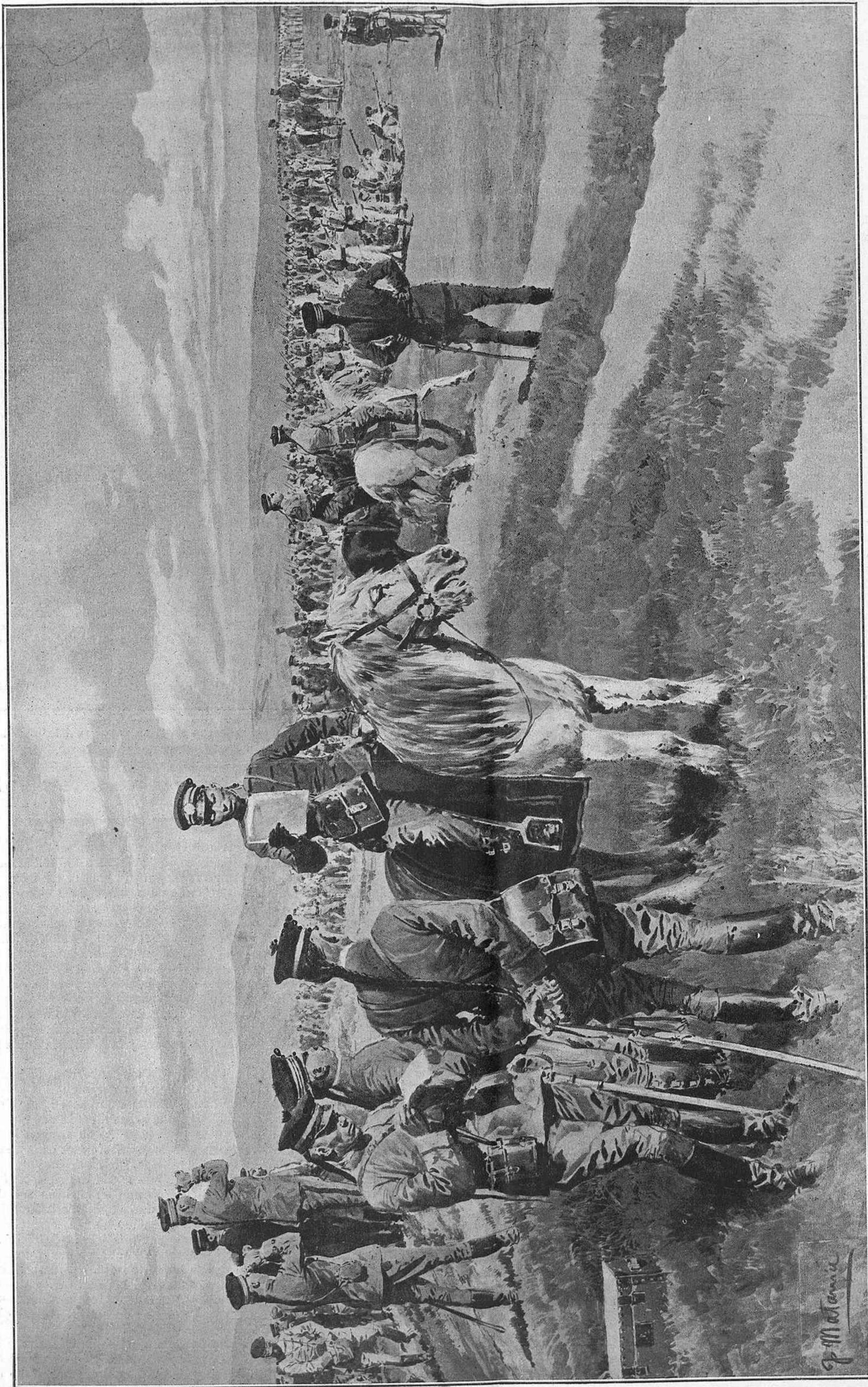
—Adiós, amigo mío, dijo entonces en voz muy débil tendiéndome la mano. Moriré pronto. Cuando sepa usted que estoy muriendo, vaya á verme. Veré al morir al hombre que, sabiendo mi crimen, no me condena.

Y se alejó.

No tuve fuerzas para acompañarla... Para seguirla. Se alejó. La silueta negra perdióse en el espacio, llevando en sí misma su soledad espantosa.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.

(Dibujo de Azpiazu)



EL DESPERTAR DE CHINA. — TROPAS EUROPEIZADAS, PERO QUE TODAVÍA LLEVAN LA TRENZA. Dibujo de F. Matania, inspirado en una fotografía

El despertar de China es un hecho cuya confirmación llega por todos conductos hasta nosotros. Hace muchos meses, los chinos declararon el *boicote* contra las mercancías de los Estados Unidos, nación que desde hace mucho tiempo se ha mostrado antichina en su legislación; y últimamente han ocurrido vergonzosas agresiones contra los extranjeros de Shanghai. Por otra parte, es evidente que China imita al Japón en su obra europeizadora, pero no la emprende tan a fondo como la emprendió el Imperio del Sol naciente. En unas maniobras, ha poco efectuadas por el ejército chino, los corresponsales quedaron sorprendidos al ver el aspecto europeo de las tropas, especialmente de los oficiales; ningún militar, sin embargo, había tenido valor suficiente para cortarse la histórica trenza, que resulta una curiosa anomalía en hombres vestidos como los occidentales.

F. Matania



LOS VETERANOS FORMANDO CORDÓN EN UNA DE LAS CALLES POR DONDE PASÓ EL ENTIERRO. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^a)

ENTIERRO DEL REY CRISTIÁN IX

DE DINAMARCA

El día 17 de los corrientes los restos mortales del rey Cristián IX de Dinamarca fueron solemnemente trasladados á Roskilde desde el palacio real de Copenhague, en cuya capilla habían estado expuestos. A las diez de la mañana había una compacta muchedumbre; á las once llegaron á la capilla el rey Federico VIII y la reina, acompañados de los miembros de la familia real y de los representantes de los soberanos extranjeros; la emperatriz viuda de Rusia, la reina Alejandra de Inglaterra, el rey Jorge de Grecia, el rey Hakón de Noruega, el gran duque Miguel Alexandrovitch, las grandes duquesas María, Xenia, Olga y Georgina de Rusia, el gran duque y la gran duquesa de Mecklenburgo-Schwerin, el príncipe Valdemaro y el príncipe heredero de Dinamarca, el príncipe Carlos de Suecia, el duque y la duquesa de Cumberland, el infante D. Fernando, en representación del rey de España, lord Althorp, representante del rey de Inglaterra, etcétera.

Después del oficio religioso, cuatro comendadores de la orden de Danebrog y cuatro coroneles condujeron en hombros el féretro desde la iglesia á la carroza fúnebre, y en seguida se puso en marcha el cortejo, entre el doblar de las campanas y las salvas de artillería del arsenal.

Las asociaciones de militares y veteranos, los estudiantes y los empleados de correos formaban cordón en las calles del tránsito.

A la una llegaba el cortejo á la estación y cuarenta minutos después partía

el tren para Roskilde. Una vez allí, cuatro oficiales condujeron el ataúd al coche mortuario, y el cortejo se dirigió á la iglesia, en donde se celebró un oficio, terminado el cual los reyes y príncipes que habían presidido la ceremonia regresaron á Copenhague.

El día 17 llegaron á la capital de Dinamarca el barón Courcel con la misión francesa, y Guillermo II, único soberano no emparentado con la familia real danesa, que ha asistido personalmente al entierro del rey Cristián. El emperador de Alemania, que iba en el acorazado *Preussen*, fué recibido por los reyes de Dinamarca, de Grecia y de Noruega, el príncipe real de Dinamarca, los príncipes Valdemaro, Haroldo, Hans, Carlos de Suecia, el gran duque de Mecklenburgo-Schwerin y el príncipe de Glucksburgo, que fueron á saludarle á bordo. Por la noche visitó Guillermo II al rey Federico y á las princesas que se hallaban en Copenhague, y asistió á la comida íntima celebrada en palacio y á la cual concurren los soberanos y príncipes y los jefes de las mi-



EL FÉRETRO DE CRISTIÁN IX CONDUCIDO POR CUATRO OFICIALES Á LA LLEGADA Á ROSKILDE (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^a)

siones especiales francesa é inglesa. El día 18 terminaron las ceremonias fúnebres con el sepelio de Cristián IX en la capilla, en donde sus restos mortales reposarán al lado de los de su esposa, la reina Luisa, enterrada allí hace ocho años.

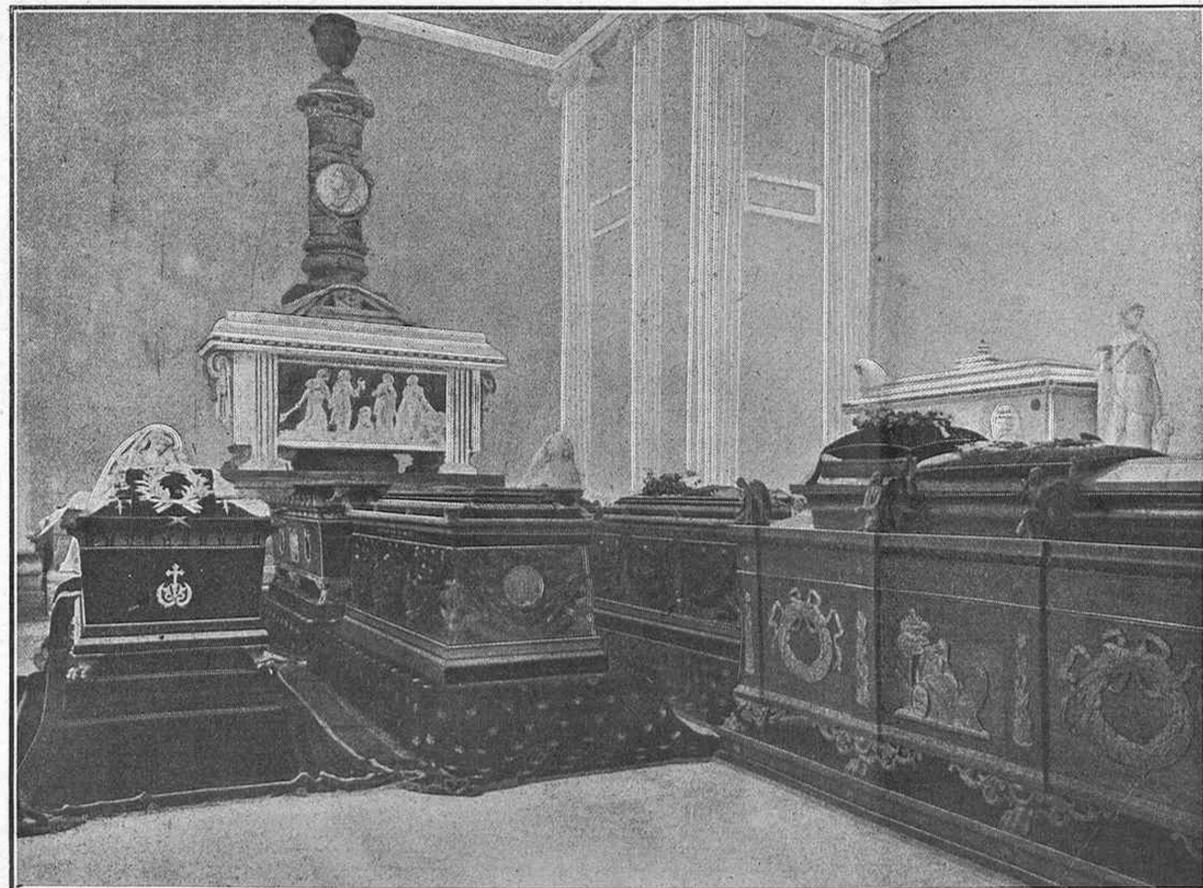
El rey Federico y la reina, el emperador Guillermo, los reyes de Grecia y Noruega y todos los embajadores especiales llegaron á Roskilde á la una y media y se dirigieron á la iglesia, en donde estaban ya reunidos los ministros, el cuerpo diplomático, los miembros del Tribunal supremo del Reichstag, las delegaciones extranjeras y las comisiones militares.

Los soberanos se adelantaron solemnemente hasta el féretro, al cual daban guardia de honor algunos oficiales, chambelanes y caballeros de la Gran Cruz; el obispo de Rosdam pronunció una oración fúnebre, y terminada ésta, cuatro oficiales de alta graduación llevaron el ataúd á la capilla, seguidos de los reyes y príncipes, y lo depositaron en el sarcófago, mientras la artillería disparaba una salva de cañonazos y la infantería hacía tres descargas.

A las cuatro y media los concurrentes á la fúnebre ceremonia estaban de regreso en Copenhague.

La ciudad de Roskilde, que hasta 1443 fué capital del reino, cuenta actualmente 8.400 habitantes. Ha perdido gran parte de su antigua importancia, pero como testimonio de ésta osténtase todavía su catedral famosa, tumba de los soberanos daneses. En la segunda mitad del siglo x el rey Haroldo Blaaland construyó en el sitio en que hoy se alza la basilica el primer templo cristiano de la ciudad, que era un sencillo edificio de madera y que fué substituido por una iglesia de piedra de tres naves, consagrada en 1084, y algunos de cuyos cimientos se conservan todavía. En 1215 construyóse la fábrica actual, de ladrillo, de aspecto imponente, con dos torres laterales de 75 metros de altura cada una, que ha sido posteriormente objeto de varias restauraciones.

Los sepulcros de los reyes de Dinamarca hallanse situados en el coro alto y en las capillas laterales. Algunos de ellos, como el del citado Haroldo, el de la reina Margarita y los de Cristián III, Federico II, Cristián V y Federico IV, son monumentos muy notables.—X.



SEPULCRO DE LOS REYES DE DINAMARCA EN LA CATEDRAL DE ROSKILDE. (De fotografía.)



M. FAILLIERES SALIENDO DEL PALACIO DEL SENADO PARA DIRIGIRSE AL ELÍSEO. (De fotografía de M. Rol y C.^ª)

LA TRANSMISIÓN DE LOS PODERES PRESIDENCIALES EN FRANCIA

El día 18 de los corrientes, efectuóse en el palacio del Elíseo la transmisión de los poderes del presidente saliente M. Loubet al presidente entrante M. Faillieres. La ceremonia fué de una sencillez conmovedora: en presencia del gobierno, de los presidentes y de las mesas de las Cámaras y de los respectivos cuartos militares, recibió M. Loubet á su sucesor, cambiándose entre ambos sentidas saluciones. Terminado el acto oficial, M. Faillieres acompañó á su antecesor á su domicilio particular de la calle de Dante y regresó al Elíseo, en donde conferenció con el gobierno, ratificando sus poderes al ministerio que preside M. Rouvier; después se dirigió al palacio del Luxemburgo, en donde ha residido hasta ahora como presidente del Senado, y al día siguiente instalóse definitivamente en la residencia presidencial.

Al llegar á su casa, situada en el barrio latino, M. Loubet fué saludado por la municipalidad del quinto distrito, cuyo alcalde le dió la bienvenida; dos niñas y dos niños, en representación de los comerciantes del barrio, ofrecieron dos ramos de flores á M. y á Mme. Loubet. El ex presidente, muy emocionado, besó á las cuatro criaturas y entregó á M. Faillieres, para su esposa, uno de los ramos que le habían regalado. A todo esto, la multitud llenaba los alrededores de la casa y prorrumpló en estruendosas aclamaciones, que obligaron á M. Loubet á salir tres veces al balcón.

¿Qué va á hacer de hoy en adelante el que por espacio de siete años ha regido los destinos de una nación tan próspera y tan poderosa? ¿Cuál es el estado de su espíritu? ¿Qué impresión ha dejado en él el ejercicio del gobierno supremo? Para saberlo, oigámosle á él mismo contestar á algunas de las preguntas que al día siguiente de su instalación en su nuevo domicilio le hizo en interesante *interview* un notable periodista parisiense:

—Mi estado de ánimo, como usted ve, es excelente; soy un hombre dichoso, no me recato de decirlo. Durante siete años me he conducido lo mejor que he podido; terminada mi misión, me dispongo á descansar. Ya ve usted que la cosa no puede ser más sencilla. No tengo más que una ambición y es que se ocupen de mí lo menos posible.

Preguntado si pensaba intervenir activamente en los negocios públicos, respondió:

—De ninguna manera. Expondré mi opinión como otro ciudadano cualquiera, porque al fin voy á tener ahora libertad para exponerla. He pasado momentos terribles, ¿se acuerda usted? Los comienzos de mi magistratura fueron duros; me atacaron, me injuriaron con increíble violencia; no podía presentarme en público sin exponerme á los insultos más groseros. Sin embargo, me callé, porque era preciso que me callara. Mis allegados se apesadumbraban y sufrían por lo que yo había de soportar; yo me mantenía tranquilo y me decía: «Todo lo iré venciendo.» Y en efecto, de todo he salido bien, aunque no sin rebeldías que hube de dominar. Hoy finalmente estoy libre, ó relativamente libre, porque no es posible romper en absoluto con el pasado y además porque no debo olvidar mañana lo que fui ayer. Por lo menos tendré la posibilidad de contestar si me atacan, y esto ya es algo.

M. Loubet, en concepto del mencionado periodista, es un hombre feliz; su cara sonriente y la soltura de su ademán indican la tranquilidad de que goza. Distribuirá su tiempo en tres partes: una para las labores agrícolas, «porque en este asunto, dice, hay mucho que hacer, ya que

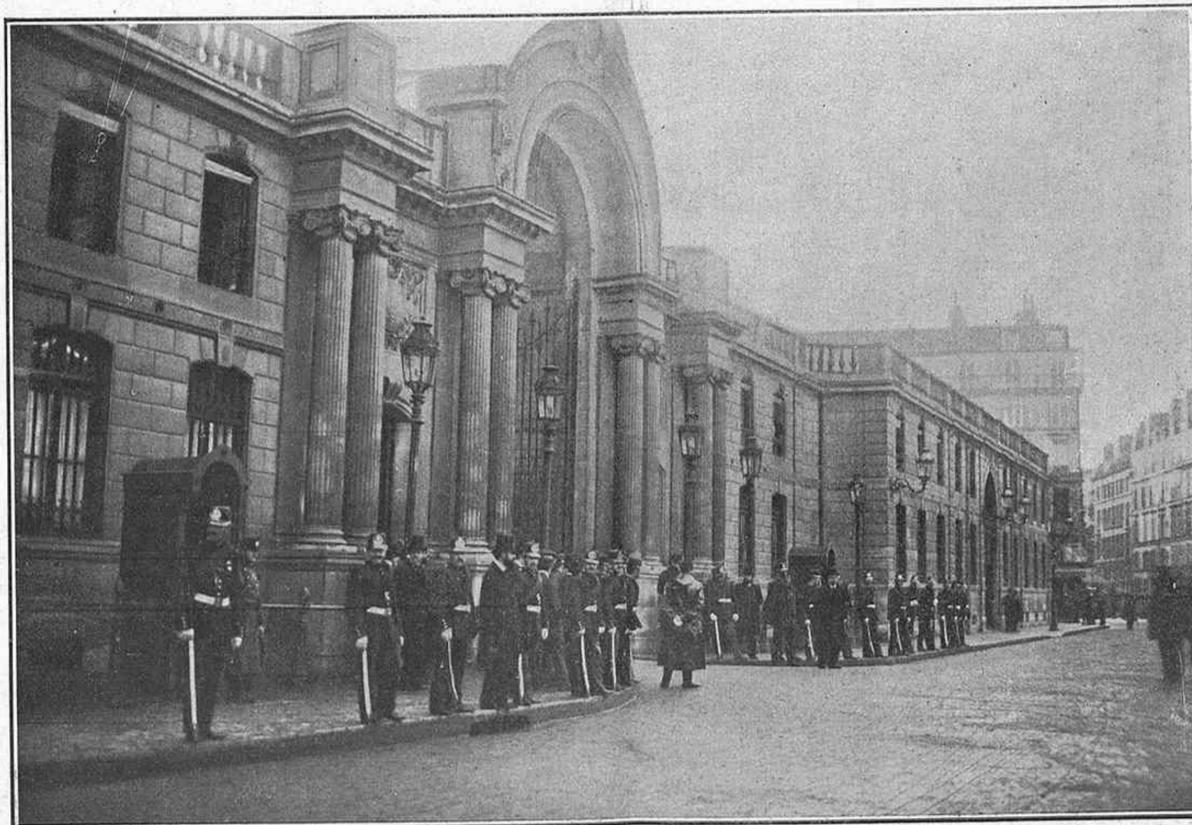


M. LOUBET Y M. FAILLIERES SALIENDO DEL ELÍSEO PARA DIRIGIRSE Á LA CALLE DE DANTE, EN DONDE TIENE SU DOMICILIO M. LOUBET. (De fotografía de M. Rol y C.^ª)

nuestros labradores no saben todavía todo el bien que pueden reportarles el cultivo y la exportación de la fruta;» otra parte para la mutualidad, que es la escuela del ahorro y de la buena conducta y una garantía de prudencia y de moderación; y otra finalmente para su distracción y reposo.

Hablando de su presidencia, dijo:

—La presidencia no es, como muchos imaginan, un puesto descansado, y los honores que en ella se obtienen no son lo único que á ella va anejo. Es preciso ocuparse de asuntos de toda clase, exteriores é interiores, y los hay que no son de fácil resolución. Quizás algunos miran las cosas con más ó menos indiferencia; pero yo no soy de éstos, y cuando algún asunto me interesaba pensaba en él día y noche y no dormía. Además, la pompa externa, las recepciones, las ceremonias, las fiestas, todo esto ocupa los días por entero y produce una continua tensión de espíritu. La parte más agradable son los viajes al extranjero, pues si bien ocasionan un aumento de cansancio, tienen sus compensaciones. Además, creo que esas visitas son realmente útiles al país: el mejor medio para los hombres



ASPECTO DEL PALACIO DEL ELÍSEO ANTES DE LA LLEGADA DEL NUEVO PRESIDENTE M. FAILLIERES. (De fotografía de M. Branger.)

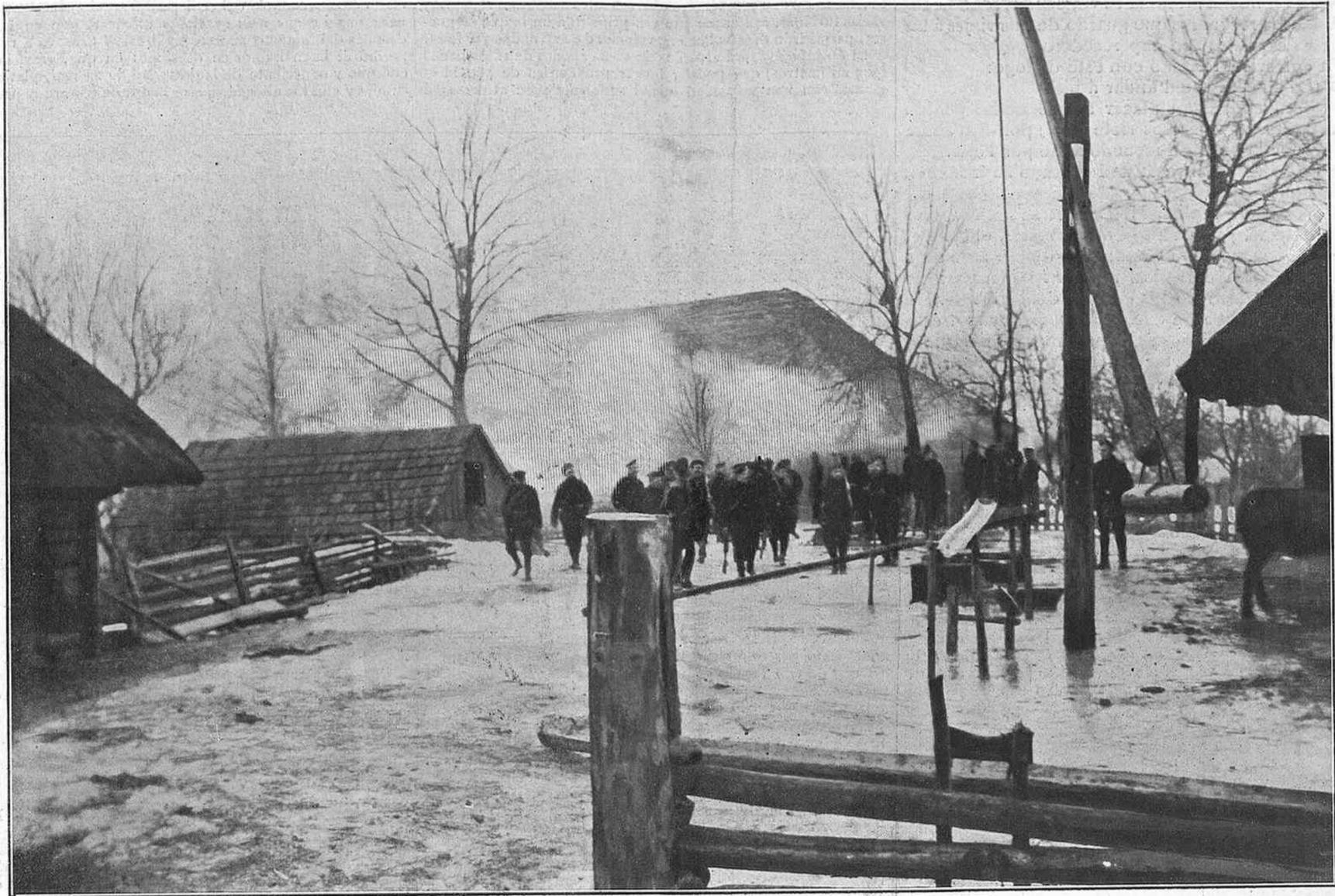
que esas visitas son realmente útiles al país: el mejor medio para los hombres



Disturbios revolucionarios en Rusia.— La represión en las provincias del Báltico.—El 25.º batallón de infantería de marina á las órdenes del príncipe Putjatin, disponiéndose á salir de Riga para capturar una partida de rebeldes instalada en una granja de Putin-Krastiny, en la línea férrea de Riga á Orloff.—(De fotografía remitida por «Photo-Nouvelles.»)



Disturbios revolucionarios en Rusia.— La represión en las provincias del Báltico.—Incendio de la granja de Putin-Krastiny, en donde se habían instalado los rebeldes. (De fotografía remitida por «Photo-Nouvelles.»)



Disturbios revolucionarios en Rusia. — La represión en las provincias del Báltico. — Las tropas del 25.º regimiento de infantería de marina abandonando el pueblo de Putin-Krastiny, después de haber incendiado la granja en que se habían instalado los rebeldes.
 (De fotografía remitida por «Photo-Nouvelles.»)



Disturbios revolucionarios en Rusia. — La represión en las provincias del Báltico. — Regreso á Riga de las fuerzas del 25.º regimiento de infantería de marina con los prisioneros rebeldes que al día siguiente fueron fusilados. (De fotografía remitida por «Photo-Nouvelles.»)

de vivir en buena armonía es conocerse, y en cuanto á mí, los recuerdos que guardo de mis viajes á las diversas capitales son impercederos.

La entrevista terminó con este diálogo:

—¿Le gusta á usted andar á pie?

—Sí, mucho; es un placer al que no he podido entregarme durante esos siete años; por esto ahora me propongo pasear á menudo á pie por París.

—¿Y no veremos ya á usted guiando su faetón en el Bosque?

—Mi faetón, replicó M. Loubet sonriendo, está en la Begude, y en cuanto á mis caballos, el coronel Lamy se ocupa de su venta; pero quiero ante todo que estén bien cuidados, y preferiría regalarlos á venderlos á quien no los cuidase debidamente. He tomado un abono de coche por meses, y aun esto para mi esposa. Piensen algunos lo que quieran, no estoy en situación de tener una cuadra en París. En cuanto á mí, voy á reanudar mi costumbre de subir á mi antiguo ómnibus del Odeón.—B.

EL CARDENAL PERRAUD

El cardenal Perraud, obispo de Autun, miembro de la Academia Francesa, ex superior general de la congregación del Oratorio, falleció el día 10 de los corrientes, tres días después de cumplir setenta y ocho años, á consecuencia de una neumonía, contraída en el ejercicio de su ministerio pastoral.

Oriundo de Lyon, el venerable prelado, que contaba más de cincuenta años de sacerdocio y treinta y dos de episcopado, dedicó en su juventud á la enseñanza; después de haber estudiado en los liceos de San Luis y de Enrique IV entró en la Escuela Normal, en donde tuvo por compañeros á Taine, J. J. Weiss, Edmundo About y Francisco Sarcey; pero á la edad de veintitrés años, cuando había recibido el título de profesor



El cardenal PERRAUD, obispo de Autun, fallecido el 10 de los corrientes. (De fotografía.)

agregado de Historia, decidió su vocación, entrando en la congregación del Oratorio. Doctor en Teología, fué nombrado en 1865 profesor de Historia eclesiástica en la Sorbona y en 1874 obispo de Autun. Era cardenal desde 1895.

En 8 de junio de 1882 la Academia Francesa le eligió para ocupar la vacante del fogoso poeta Augusto Barbier, de quien era la antítesis; Monseñor Perraud, en efecto, era poco locuaz, poco expansivo, no se reía nunca y rara vez se permitía una sonrisa. «Su figura ascética de religioso de la Edad media, ha dicho uno de sus biógrafos, sus cabellos blancos, sus demacradas mejillas, su cuerpo flaco y sus ojos de un brillo algo calenturiento, le daban el aspecto de uno de esos monjes debilitados por el ayuno que oran fervorosamente en los ventanales de nuestras antiguas basílicas.»

Bajo esas apariencias de impassibilidad glacial, ardían las llamas vivas de la fe y de la caridad; á esa rigidez correspondían la energía de carácter y la práctica de las más nobles virtudes.

Como escritor, deja Monseñor Perraud notables oraciones fúnebres y varias obras que revelan su gran cultura literaria, y entre las cuales merecen citarse especialmente sus *Estudios sobre la Irlanda contemporánea*, sobre el *Cardenal Richelieu* y sobre el Oratorio.

Su muerte es una gran pérdida para la Iglesia de Francia. ¡Descanse en paz!

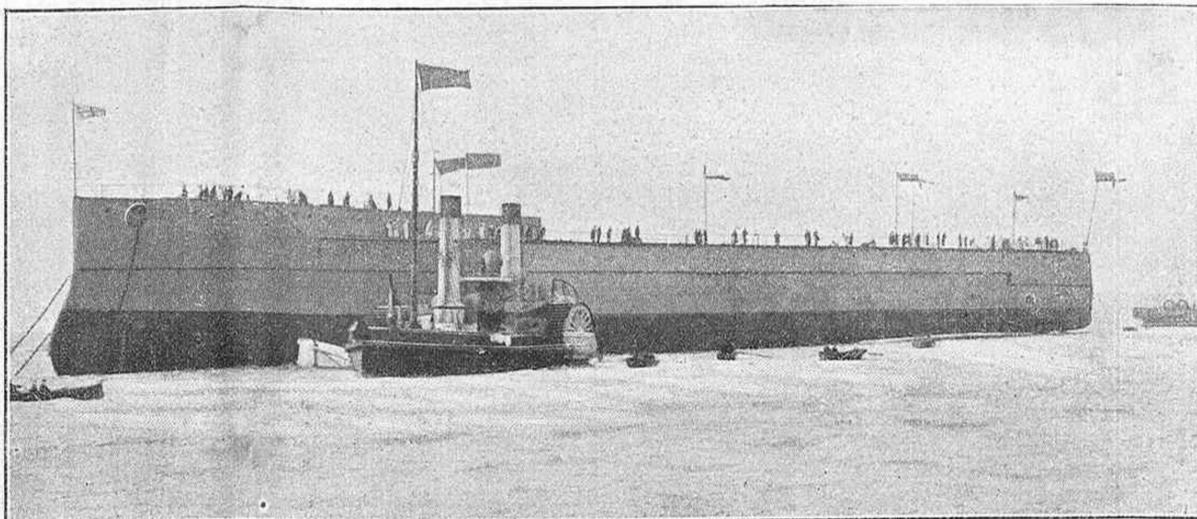
EL MAYOR ACORAZADO DEL MUNDO

El *Dreadnought* (*Sin Miedo*), que recientemente ha sido botado al agua en Portsmouth (Inglaterra) y cuyo casco reproduce el grabado adjunto, superará en potencia y en velocidad á todos los acorazados hoy en día existentes. Desplazará 18.000

toneladas (los mayores acorazados actuales desplazan 16.500), y varias turbinas, aplicadas por vez primera á un buque de guerra, permitirán desarrollar una velocidad de 20 nudos por hora.

El *Dreadnought* irá armado con diez cañones de 12 pulgadas (305 milímetros) que podrán lanzar proyectiles de 380 kilogramos con una velocidad inicial suficiente para atravesar á

ciado á consecuencia del cual perdió un ojo, sirviéndole de asunto para una de sus más graciosas crónicas, que publicó, poco después del infausto suceso, en *Madrid Cómico*. Y ni siquiera perdió el buen humor en ocasiones en que, gravísimamente enfermo y consciente de la gravedad de su mal, platicaba con su hija y con los allegados, que llenos de tristeza le acompaña-



El *Dreadnought*, el mayor acorazado del mundo, lanzado al agua en Portsmouth (Inglaterra) el día 10 de los corrientes (De fotografía.)

tres millas de distancia la coraza más gruesa. Completarán el armamento cuatro ó cinco tubos lanza-torpedos y diez y ocho cañones de tiro rápido para rechazar los ataques de los torpederos.

Ese buque ha sido construido con rapidez prodigiosa, pues comenzado en 2 de octubre de 1905 ha sido botado al agua en 10 de febrero de 1906, ó sea al cabo de 130 días. El Almirantazgo inglés ha querido tener inmediatamente un modelo de buque enteramente moderno, cuyos planos han sido inspirados por las enseñanzas de la guerra ruso-japonesa. El coste total es de unos 45 millones de francos.

LUIS TABOADA

Este popular escritor, fallecido el día 18 de los corrientes en Madrid, nació en Lugo en 6 de octubre de 1848. Entre esta fecha y la de su muerte póngase una vida consagrada exclusivamente á la literatura, y se tendrá la biografía de Luis Taboa-



El popular escritor D. LUIS TABOADA, fallecido en Madrid el 18 de los corrientes. (De fotografía.)

da, que dirigió *La Avispa* y *El Météoro* y colaboró en el *Gil Blas*, *El Cascabel*, *El Solfeo*, *El Mundo Cómico*, *El Liberal*, *El Imparcial* y, en una palabra, en todos los periódicos satíricos, políticos é ilustraciones más importantes de España y no pocas de América. Sus artículos cuéntanse por millares, y algunos de ellos han sido coleccionados en tomos con los títulos *Madrid en broma*, *La vida cursi*, *Siga la fiesta*, *Titirimundi*, *El mundo festivo*, *Caricaturas*, etc.

Creó un género literario que muchos han querido imitar, pero en el que nadie ha logrado siquiera igualarle: las costumbres cursis de cierto género de gentes que en todas partes abundan, la vida horteril, las escenas domésticas de esa clase social que puede llamarse del «quiere y no puedo», jamás han tenido observador tan perspicaz ni cronista tan fiel como Taboada. Como nadie sabía ver el lado ridículo de las cosas: como nadie lo expresaba sin la menor ofensa para el ridiculizado. Sus sátiras no eran amargas, no hacían daño; eran ligeros rasguños, y sin embargo contenían no pocas enseñanzas envueltas en los chistes más cultos y, en el fondo, más inofensivos.

Para muestra de cómo se tomaba las cosas, aun las que más de cerca le afectaban, bastará decir que un accidente desgra-

ban; hasta en aquellos trances críticos surgían espontáneamente de su boca los chistes más agudos.

Escribió algunas piezas para el teatro que obtuvieron buen éxito y alguna novela que ha merecido justos y grandes elogios. ¡Descanse en paz!

MISCELÁNEA

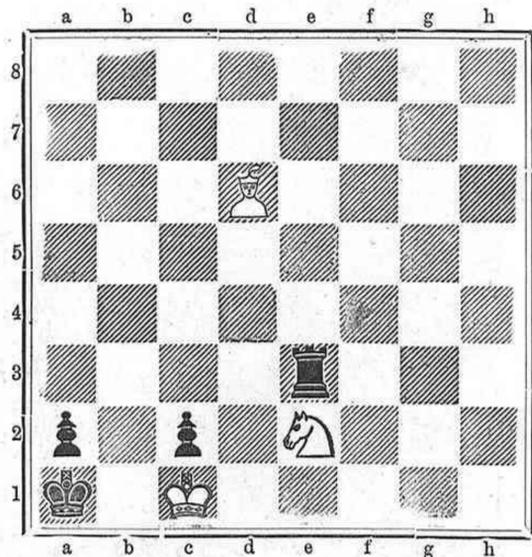
Bellas Artes.—BARCELONA.—*Salón París*.—Han expuesto últimamente en ese Salón los Sres. Xiró y Pascual (Ivo); el primero ha exhibido un lienzo de grandes dimensiones, de carácter simbólico decorativo, que se titula *Fiat Vita!*, obra grandiosa por su pensamiento, por su ejecución, de dibujo firme, atrevido, y de colorido brillante y armónico; el segundo, varios bellísimos paisajes, sentidas notas marcadamente subjetivas de poesía encantadora, que tanto como aspectos de la naturaleza representan estados de ánimo del artista.

Espectáculos.—BARCELONA.—Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *L'Assumpció d'Hannele Mattern*, drama en dos actos de Hauptmann, traducido al catalán por C. Capdevila; *Picarol*, cuadro lírico en un acto, letra de Apelles Mestres, música del maestro Morera; y *Les alegres comediantes*, comedia en dos actos de A. Gual; y en el Eldorado *Dici minuts di fermata*, comedia en tres actos de Jorge Duval.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 416, POR W. F. v. HOLZHAUSEN.

NEGRAS (4 PIEZAS)



BLANCAS (3 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 415, POR R. STICHER.

Blancas. Negras.

- 1. T g 4-g6
- 1. Cualquiera.
- 2. D ó T mate.

BOUQUET FARNESE VIOLET 29, B^a des Italiens.



... y se aplicó la boca del cañón sobre la frente...

EL FALSARIO

NOVELA DE JULIÁN HAWTHORNE.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

El autócrata puso por obra todo cuanto había dicho con la resolución que caracterizaba á los hombres de su especie; pero llegó á la capital con un joven aletargado é indiferente á todo. El desgraciado amante no tenía ya amor á la vida, ni el menor empeño en conservarla.

Por espacio de algunos meses persistió aquel estado negativo de su ánimo, y todos los recreos y animación de la capital no fueron suficientes para distraerle; mas poco á poco el tiempo comenzó á producir su efecto inevitable, y probablemente, si las cosas hubieran seguido su curso ordinario, el joven conde Fedovsky habría llegado á ser hombre de formas y costumbres tan rutinarias como su padre. Pero la suerte quiso que ocurriera un incidente que cambió completamente la marcha de su vida; una mañana, al entrar en la habitación de su padre, lo encontró tendido en el suelo: había muerto á consecuencia de un aneurisma.

El joven conde Fedovsky envió al punto un propio á su madre para anunciar la noticia; la condesa llegó muy pronto á San Petersburgo, y celebráronse sin pérdida de tiempo los funerales con la pompa y magnificencia que el personaje merecía.

El joven conde obtuvo entonces licencia ilimitada, y acompañó á su madre á sus dominios, heredero de una gran fortuna. La impresión que le produjo la repentina muerte de su padre, que ahora deploraba sinceramente, comunicó á su carácter cierta gravedad poco propia de la juventud; pero en lo más recóndito de su corazón sonreíale tal vez una esperanza de futura dicha al lado de Vera, esperanza que debía frustrarse, si en efecto existía. Al hacer averiguaciones sobre el paradero de la joven, supo que su esposo había dimitido el cargo de intendente, á causa de haberse sospechado de su honradez, y que se había ido, sin que nadie supiera adónde, llevando consigo á su esposa.

Esta fué una noticia triste para el conde, que al parecer perdió su energía y su inclinación á lanzarse

de nuevo en la vida pública. Dejándose dominar por la indolencia, ocupábase tan sólo en leer y dar solitarios paseos, recordando con tristeza su amor perdido. No tenía más compañera que su madre; pero como la salud de ésta se resentía cada vez más, la noble dama confió á su hijo la dirección de todo.

El joven conde hacía en cierto modo una vida de anacoreta, y esto continuó por espacio de cuatro años. Desde que Federovsky cumplió los veintiuno hasta que llegó á la edad de veintiséis, no sintió nunca el menor deseo de ver mundo y alternar con hombres y mujeres, de satisfacer cualquiera ambición y cambiar, en una palabra, de género de vida. Los instintos de la juventud parecían haber muerto en él.

Hacia fines del cuarto año la condesa falleció; su muerte no fué inesperada; mas produjo en el conde una dolorosa impresión de melancolía al verse completamente solo. Aquella pérdida dejó en su alma un gran vacío, y desde entonces se le vió recorrer continuamente la inmensa casa, inquieto y desconsolado.

Cierta noche soñó que había encontrado á Vera en el momento de amenazarla un peligro; era la primera vez que le sucedía esto, y aquel sueño produjo en el joven conde una impresión exagerada, tanto que después de reflexionar cinco ó seis días sobre el incidente, tomó repentinamente una determinación: resolvió abandonar su casa, viajar y no volver hasta que hubiese encontrado á Vera ó aclarado sus dudas respecto de su suerte.

Este proyecto produjo un efecto maravilloso en la naturaleza dormida del conde: desde aquel momento manifestóse en él una infatigable actividad; reunió á sus arrendatarios y mayordomos, y arregló con ellos sus asuntos en previsión de una ausencia muy prolongada; ignoraba adónde iba, y no sabía, ni le importaba tampoco, si tardaría mucho en volver. En su mente germinaban mil proyectos; tenía muy ocupadas todas sus horas, comía bien y dormía

profundamente. El mismo conde se extrañó de este repentino cambio, sobre todo al ver que recobraba todo el impetuoso ardor de la juventud y que en su alma se despertaban de nuevo las pasiones. Parecíale que después de haber dormido un siglo despertaba con todo el vigor y las capacidades de un gigante; y aunque el recuerdo de Vera fuese la causa ostensible de este cambio, apenas podía asegurarse que solamente á él se debía tan repentino impulso. Había llegado la hora de adoptar un nuevo género de vida; y el sueño del conde sobre su perdido amor no era tal vez más que un pretexto para obrar así. Una vez lanzado en el mundo con su fortuna, su brillante educación y el ardimiento de la juventud, no era de esperar que volviese á recaer, con Vera ó sin ella, en el estado letárgico de que acababa de emanciparse.

No quiso en su viaje más que un compañero, su criado inglés, hombre que tenía diez ó doce años menos que su señor, y de una fidelidad á toda prueba. Tomás Bolán, que así se llamaba, había tenido una vida muy aventurera. Comenzando por servir en la marina, dedicóse después á diversos oficios; fué sucesivamente carpintero, cerrajero, sastre y pintor; y al mismo tiempo, familiarizóse con los idiomas francés é italiano. Tenía también algo de músico, y con la misma facilidad bailaba un minué que un fandango, con gran admiración de todos cuantos le veían. Después de hacer muchos viajes, encontróse en Nueva York sin ocupación alguna, y para no estar ocioso, entró á servir en un establecimiento de coches en calidad de mozo de cuadra. Se le confió el encargo de cuidar de los caballos de varios ricos señores, y uno de éstos, á quien agradó la buena presencia de Tomás y sus servicios, ofrecióle una plaza de lacayo en su casa. Con su nuevo amo, Tomás visitó las principales ciudades de Europa; mas al llegar á San Petersburgo, aquél murió, y el criado quedó otra vez sin colocación, sin más que unos centenares de duros en el bolsillo. Con este capital

no tenía suficiente para vivir; pero después de haber servido algunos meses en una de las principales fondas, llamó la atención de un personaje que era nada menos que el conde Fedovsky, quien se apresuró á tomarle á su servicio. Hizo á las veces de lacayo y de ayuda de cámara, y siempre cumplió á satisfacción del conde con todos sus deberes. Poco después, su amo llevó á su hijo á San Petersburgo, y Tomás llegó á ser el criado de confianza del joven Fedovsky. En los últimos tristes años hizo cuanto le fué posible para distraer á su joven señor, y no es de extrañar por lo tanto que éste tomara por compañero único en su largo viaje al fiel Tomás.

Al salir del centro de la civilización moscovita amo y criado se dirigieron desde luego á Londres, donde todos los rusos excitaban más ó menos el interés. El conde llevaba excelentes cartas de recomendación, así también de crédito ilimitado, y en su consecuencia fué recibido desde luego en la mejor sociedad. Al cabo de un año de residencia en la gran capital del mundo; después de ver todo lo más notable, de asistir á los banquetes de la aristocracia, de oír los debates en el Parlamento, de hacer excursiones por el Támesis, de tomar parte en las carreras de caballos de Ascot y de cazar en los bosques del Norte, el conde Fedovsky se despidió de sus amigos ingleses y cruzó el canal en dirección á París, donde muy pronto le pareció hallarse en su casa. La vida de los bulevares, los cafés y los teatros le distraía mucho; en los jóvenes de la sociedad parisienne tuvo alegres compañeros, y entonces hizo sus primeros estudios sobre los misterios y excentricidades del mundo femenino. Pero ¿qué diferencia había entre aquellas mujeres y su adorada Vera! ¿En qué rincón del mundo podría encontrarla?

Desde París el conde se trasladó á Dresde, Berlín y Viena, visitando luego Roma, Florencia, Nápoles y Venecia; emprendió una excursión á Suecia y Noruega, y después fué á Turquía, Rumanía y Palestina. Por el mes de junio se hallaba otra vez en Londres, y los dos años siguientes se pasaron de igual manera. De este modo el conde llegó á ser una figura notable en la alta sociedad europea, y aún era tan joven y tan elegante, que á todos sorprendía que no se hubiese casado, ó por lo menos que no contrajera relaciones con una ú otra de las muchas hermosas mujeres á quienes habría bastado muy poco estímulo para asociar su suerte á la de un hombre que además de sus atractivos personales tenía el de la riqueza.

Tal vez al mismo Fedovsky le hubiera sido difícil explicar su indiferencia, que seguramente no era premeditada, puesto que no se proponía cerrar sus ojos ante los encantos del bello sexo. Por otra parte, tampoco se podía decir que la pérdida de Vera le afectaba hasta el punto de no apreciar la belleza allí donde la encontrase. Habían transcurrido siete años ó más desde el casamiento de Vera, y Fedovsky debía hacer al fin como los demás hombres: una impresión, por poderosa que fuera, no podía subsistir siempre en su alma, y natural era que el tiempo la dispase. Sin embargo, hasta la época en que marchó á Mónaco no había encontrado mujer alguna que substituyese en su corazón á Vera.

III

EL SR. WILLIAMS

Mónaco, ó hablando con más exactitud, Monte Carlo, es un lugar tan agradable como famoso, y no dejan de ser mercedos los elogios que de él se hacen. Antes de que M. Blanc erigiera el palacio donde se han jugado tantas fortunas, aquel sitio era poco visitado por los viajeros, porque el camino de la Cornisa era tan escarpado, que nadie, á no ir provisto de un paracaídas, hubiera osado hacer más que dirigir al sitio una mirada por la ventanilla del coche, para ver Monte Carlo destacándose sobre las azuladas aguas del Mediterráneo. En su consecuencia, se construyó un camino de hierro por la orilla del mar, y entonces M. Blanc, desarrollando en grande escala el negocio que había proyectado, convirtió aquel punto abandonado en uno de los más ricos y frívolos de Europa.

Por más que se proteste, el juego es la expresión normal de cierta cualidad inherente á la naturaleza humana, como lo es la inclinación al amor ó á la lucha; y todas las leyes elaboradas por la moralidad abstracta serán siempre impotentes para reprimirla. Si se destierra esa afición de un punto, aparecerá en otro, y si todo el universo estuviese libre de ella, aún viviría en los corazones de muchos hombres. En su consecuencia, aunque en Baden-Baden no predomine ya, florece más que nunca en las pequeñas ciudades italianas, y si algún príncipe se esforzase para

desterrarla, la observaríamos en el centro de Africa ó en los más lejanos rincones de la Tartaria.

Entre tanto, repetiremos que Monte Carlo es una residencia seductora. Ciertamente el hombre que está haciendo rápidamente su fortuna ó perdiéndola no se halla en estado de apreciar debidamente los encantos de la naturaleza y del paisaje; pero muchos de los que visitan este punto no van allí principalmente para jugar; bástales ver, ó cuando más exponen una significativa suma, con la indiferencia del niño que se entretiene con un juguete, prefiriendo esto á empeñar una lucha á vida ó muerte con la loca deidad cuyos secretos no ha penetrado aún ningún mortal. El juego es siempre disipación; pero si se toma moderadamente, estimula y distrae el ánimo, como las pequeñas cantidades de alcohol en el sistema físico, sin producir perniciosos efectos; y cualquiera podrá divertirse mucho en Monte Carlo sin perder ó ganar más que unos pocos duros.

Al proyectar su visita á dicho punto, las intenciones del conde Fedovsky no eran tan moderadas, pues quería saber lo que era el juego, sin cuidarse del tiempo ni de la suma que le pudiera costar su investigación. Fedovsky no tenía lo que se llama instinto del jugador; prefería el orden y el método á la casualidad; y la incertidumbre y las emociones que para muchos tienen indecible fascinación, parecíanle á él cosas muy desagradables. Pero había oído decir, y leído también, que algunos hombres llegaron á perder el juicio por su inesperada fortuna en el juego, ó se dispararon un tiro por la desesperación que les causó la pérdida de su fortuna; y como se creía susceptible de experimentar todas las emociones que agitan á la humanidad y se juzgaba fuerte contra ellas, resolvió no perdonar medio para hacer la prueba. Por otra parte, el aburrimiento le minaba, y ningún sacrificio le parecía demasiado costoso para desterrarlo.

En su consecuencia, hallándose en París, mandó á Tomás hacer los preparativos de viaje, y tomando el tren para Marsella, embarcóse después en el primer vapor que salía con rumbo á Génova. Desde este punto, que ya conocía bien, el viaje á Monte Carlo era muy corto, y llegó allí sin la menor novedad. Por telégrafo se había dado aviso anticipadamente para que se prepararan en el mejor hotel las habitaciones necesarias; y doce horas después de la llegada, la actividad de Tomás, con el concurso de su amo, y el contenido de los cofres fueron suficientes para que amo y criado pudieran estar en su alojamiento con tanta comodidad como en su casa. Hecho esto, y antes de acercarse á las mesas del tapete verde, el joven conde salía para explorar los alrededores y la localidad donde se proponía hacer su experimento.

Aquel era seguramente un lugar delicioso, donde las ventajas naturales se habían realizado por el arte, y donde se podían evocar grandes recuerdos históricos. Por un lado elevábase la inmensa mole de los Alpes marítimos, cuyas altas cimas parecían confundirse con las nubes, llenas de verdor é imponentes á la vez por sus profundos precipicios; en otro, destacándose sobre la extensa superficie azulada de las aguas, veíase el promontorio pedregoso con sus pendientes verticales, que tan á menudo habían resistido los asaltos de la guerra, y que, aun cuando fuera un peñón, contenía un reino que había sido gobernado por una raza hereditaria de soberanos desde que Europa comenzó á tener historia. Sobre aquella base de roca y tierra se ostentaba un vistoso conjunto de arquitectura moderna y de la Edad media, elegante y pintoresco, cortado por magníficos jardines de exuberante vegetación; y en todas direcciones veíanse anchos caminos, sinuosos senderos y graciosas colinas cubiertas de vides.

El Casino y los edificios contiguos estaban separados de la ciudad de Mónaco por una carretera de dos millas de longitud, por la cual circulaban de continuo las diligencias, llenas de viajeros que iban ó venían.

Había allí gente muy bien vestida que paseaba por los sitios más agradables, al parecer de muy buen humor, y que en nada tenía que ocuparse sino en sus diversiones. Los hoteles estaban junto al Casino; en las inmediaciones veíanse algunas hermosas quintas, habitadas por sus dueños unas, y alquiladas á particulares otras; y en su conjunto, aquel lugar, por todos conceptos muy agradable, era una especie de dominio encantado, donde parecían reinar la felicidad y el contento. Ante aquel aspecto seductor, nadie hubiera temido la perniciosa influencia que en un momento dado podría bastar para que se desvaneciese de repente tan hermoso cuadro, dejando en su lugar un triste desierto poblado de genios maléficos y de almas perdidas.

El conde Fedovsky recorrió la localidad con otros

viajeros, admirando el paisaje, mientras que observaba al mismo tiempo á sus compañeros para formar su juicio, que por el pronto fué favorable.

No se parecía aquella ciudad en nada á ninguna de las grandes capitales que antes visitó. Allí no había sociedad, en el sentido común de la palabra, no porque faltase gente, que se reunía en su casa, sino porque aquello era una especie de comunismo. Bastaba que una persona vistiese con decencia y no hiciera mucho ruido; pero nadie se cuidaba de averiguar quién era, ni de dónde venía ó adónde iba, pues considerábase como una falta mostrarse demasiado curioso sobre los antecedentes y las circunstancias del individuo que se tuviera enfrente á la hora de comer, ó al lado en la mesa de juego. Lo mismo podía ser el hijo del tsar que un escapado de presidio; pero en un caso ú otro, pensábase que se guardaría muy bien de darlo á conocer. Si fumaba buenos cigarros, si no comía con el cuchillo ó los dedos, y si ganaba ó perdía su dinero con la debida compostura, no se exigía otra cosa de él.

En cuanto á las mujeres, sucedía una cosa semejante, aunque con las modificaciones inseparables del bello sexo. Al hombre de mundo le importa poco asociarse temporalmente con cualquiera especie de individuos; pero es por necesidad más circunspecto tratándose del sexo débil. Una mujer podrá parecer todo cuanto se quiera; pero si está fuera del centro que le es propio, único en que sería dado juzgar con certeza de su condición social, será mirada con recelo. Las mujeres que no salieron nunca de su círculo privado pueden ser, seguramente, tan inmorales como la más reconocida aventurera; pero las personas han de formar su opinión una de otra según ciertas reglas convencionales, á falta de mutua transparencia.

Muchas hermosas damas había en Monte Carlo, pero Fedovsky no encontró ni una sola conocida de él, así como tampoco ningún amigo ó conocido entre los hombres; de modo que durante varios días Tomás fué el único con quien pudo conversar. En todo este tiempo no entró una sola vez en el casino; mas al cabo de una semana, cuando el paisaje y los jardines dejaron de ser una novedad para él y temió aburrirse nuevamente, resolvióse á comenzar la prueba que tenía proyectada.

Una tarde, el conde entró en la sala de juego, fumando un cigarrillo de papel, y detúvose ante la mesa de la ruleta para contemplar la escena. Los jugadores parecían interesarse mucho; los banqueros observaban las puestas; á cada instante repetíanse las protestas y disputas; las pilas de oro y plata aparecían y desaparecían sucesivamente, produciendo en los que las miraban embriagadora fascinación; y entre tanto el plato metálico del centro de la mesa mantenía en movimiento la azarosa bola, cuya carrera incalculable hace ganar y perder tantos millones al año. Aquel era el juego de toda una vida concentrado en una hora ó un minuto; y si el interés y la excitación cobraban intensidad por igual, Fedovsky no podía menos de admitir que valdría la pena jugar.

Un caballero que estaba en el lado opuesto de la mesa, mirando como el conde, introdujo la mano en su bolsillo, inclinóse hacia adelante y puso una moneda de oro en el encarnado. Un momento después ganaba el negro; el desconocido sonrió, retirándose de la mesa, y al hacerlo así su mirada se cruzó con la de Fedovsky, fija en él casualmente.

Al notar esto, el desconocido se encogió de hombros, y su rostro adquirió una expresión singular, como si quisiera decir: «Cualquier hombre puede ser tonto alguna vez.» A los pocos minutos, el movimiento de la multitud acercó á los dos hombres; y como el extranjero notase que Fedovsky buscaba en sus bolsillos un fósforo para encender el cigarro, presentóle el puro que fumaba.

El conde se inclinó y devolvió el habano, dando las gracias. El extranjero hizo un ademán con la cabeza para corresponder, y los dos volvieron á separarse; pero diez minutos después Fedovsky se acercó á la mesa del Treinta y Cuarenta, y al volverse de pronto á un lado, tropezó con el caballero que le había dado fuego antes.

—Dispense usted, dijo el conde en francés.

—No hay de qué, contestó el desconocido; es culpa mía.

—Supongo que habrá usted sido más afortunado aquí, añadió el conde señalando la mesa.

El extranjero miró fijamente á su interlocutor, como para asegurarse de que la persona á quien hablaba era digna de consideración, y sin duda su examen debió satisfacerle, á juzgar por la afabilidad con que contestó.

—¡Oh!, dijo, yo juego muy poco; de vez en cuando expongo un luis ó dos, cuando vengo, como para

pagar mi entrada, pero á esto se reduce todo. Me parece que á usted tampoco le interesa mucho el juego...

—No lo sé aún, repuso el conde, porque no he probado mi suerte; solamente he venido aquí para ver qué es, y por el pronto creo que ese pasatiempo interesa á mucha gente.

—¡Oh! Sí, es excitante sin duda cuando se juega de veras; pero en cuanto á mí, como he ganado mi capital trabajando mucho, me parece más propio emplearle en cosas útiles que no en una hora de excitación.

Mientras el extranjero hablaba, el conde le examinó á su vez rápidamente: vestía bien, aunque llevaba su ropa con cierto descuido; era delgado, de elevada estatura, y tenía la mirada inteligente, siendo la expresión de su rostro muy agradable cuando sonreía. En cuanto á su edad, debía frisar en los treinta y cinco años.

—Supongo que usted es aquí forastero como yo, dijo el conde.

—Me parece que todos lo somos en este sitio, repuso el desconocido, ó por lo menos la mayoría de los que nos hallamos aquí. Mónaco se asemeja algo á mi país por tal concepto, con la diferencia de que en esta ciudad no se pide documento alguno que identifique la persona. Yo soy americano.

Así diciendo, el desconocido presentó al conde su tarjeta, en la cual se leía el siguiente nombre: «Jorge Williams, 15 Oeste, 41 st. Estado de Nueva York.»

—¡Ah!.. ¡Conque es usted de los Estados Unidos!.. exclamó el conde en inglés. Pues entonces podemos conversar en su propio idioma.

—¿Y á quién tengo el honor de hablar?, preguntó el Sr. Williams.

—Dispense usted... se me había olvidado, dijo Fedovsky sacando su tarjetero del bolsillo; yo soy ruso; pero así como muchos de mis compatriotas, admiro en alto grado las instituciones americanas.

—Sí, nuestras instituciones son perfectas en el papel, replicó el Sr. Williams; mas por una causa ú otra, no siempre son tan buenas en la práctica. Sin embargo, opino que nuestra forma de gobierno está más libre del despotismo. ¿Será usted por ventura nihilista?

—Nada de eso, contestó Fedovsky sonriendo; pero estoy persuadido de que Rusia necesita más libertad civil para llegar á ser verdaderamente grande.

El joven conde había expresado á menudo semejantes opiniones, tal vez con más buen juicio que prudencia, pues en Europa hay muchas lenguas y oídos, y los espías del tsar se encuentran á veces en los sitios más inesperados; pero durante el largo período de solitaria existencia en sus dominios había leído y meditado mucho sobre las cuestiones de la ciencia política, adoptando al fin ideas muy liberales, en que le confirmaron sus viajes por los países europeos. Si en la corte rusa se hubiese sabido su modo de pensar, indudablemente le habría costado muy caro.

Sin embargo, el Sr. Williams no era ruso, y manifestó estar conforme con las opiniones de Fedovsky, aunque sin mostrarse inclinado á discutir sobre el asunto.

—Ustedes los rusos, observó, son una curiosa mezcla de opiniones; los únicos que vemos son tan ricos, que no saben cómo gastar su capital; mientras que muchos de sus compatriotas trabajan á porfía para derribar al emperador, acabando al fin por ir desterrados á Siberia.

—Creo que nunca me enviarán allí, repuso el conde sonriendo; y en cuanto á mi oro, si todo cuanto oigo decir es cierto, Blanc me desembazará muy pronto de su peso superfluo.

—Eso es cosa que no me atañe, contestó el americano; pero si yo estuviese en el lugar de usted, no me acercaría á las mesas. Si tiene usted empeño en perder su dinero, más vale que juegue usted con un amigo y se le deje ganar, y al menos hará usted un favor. Por lo demás, esto es cosa que solamente á usted interesa. Hasta la vista, caballero.

Al pronunciar estas palabras, el americano se alejó con paso indolente, dejando á Fedovsky entregado á sus reflexiones. Al principio, el conde se sintió inclinado á seguir el consejo que acababan de darle, y tal vez lo habría hecho así si hubiese encontrado

allí algún amigo suyo; mas no conocía á nadie; y habiéndose propuesto jugar en Monte Carlo, nadie le haría cambiar su resolución.

Casualmente vió de pronto en la mesa una silla desocupada, ocupóla al punto é hizo su primera puesta. Llevaba en el bolsillo oro y billetes de Banco por valor de unas veinte mil pesetas; jugó toda la tarde, y después de varias vicisitudes, por una de las cuales le faltó poco para quedarse sin un cuarto, levantóse al fin después de haber doblado casi su capital, y con la vaga sospecha de que se había aburrado un poco en vez de divertirse.

Al oír hablar de Jorge Williams, el inspector Byrnes, que hasta entonces no había concentrado mu-

la titulan; tiene otro apellido, pero yo no puedo recordar nunca esos nombres rusos. La dama vive en una de las quintas que hay cerca del hotel; viene aquí todos los inviernos, según me han dicho, mas al parecer conoce poca gente. Fué presentado por un diplomático italiano, ese que estaba convidado á tomar el te con su esposa, y tuve el honor de hablar con la princesa. Parece que es viuda, pero muy joven aún, y verdaderamente hermosa. Allí se jugó un poco, y la reunión fué muy animada; de modo que no eché de menos el casino.

—Sí, comprendo que estuviera usted divertido, contestó Fedovsky, que no experimentaba el menor deseo de ver á ninguno de sus compatriotas, ni hombre ni mujer.

Durante las últimas horas, el conde había pensado en el proyecto de hacer un viaje á los Estados Unidos, donde tal vez podía convenirle establecer su residencia. Tomás le había dado los informes más favorables sobre el país, con cuya historia y caracteres estaba familiarizado ya por lo que había leído. No le sería difícil vender con ventaja sus posesiones para establecerse de hecho en aquel país, y parecíale que la Gran República le interesaría lo bastante para no echar de menos á Monte Carlo cuando se aburriese. Atendido este plan, consideraba su encuentro con el viajero americano como una circunstancia favorable. Williams pertenecía sin duda á la mejor clase de su país, y podría ponerle en camino para proceder debidamente.

—¿Ha pensado usted alguna vez en regresar á Nueva York pronto?, dijo el conde después de una pausa.

—Si me lo hubiera usted preguntado ayer, replicó el americano, tal vez le habría contestado afirmativamente; mas ahora no lo sé. Quiero ver un poco más á la princesa, pues no se encuentra á menudo una mujer verdaderamente digna de ser conocida, y sentiría no aprovechar la oportunidad.

—Comienzo á creer, dijo el conde sonriendo, que está usted ya un poco enamorado.

—No lo niego; lo mismo le sucedería á usted tal vez si hubiese visto á la dama. El tiempo que se emplea con una mujer así no es perdido, y me propongo volver á verla esta noche.

—Le deseo á usted mil felicidades, dijo el conde; en cuanto á mí, quiero probar una vez más las fascinaciones del tapete verde.

—Antes se cansará usted de ese pasatiempo que yo del mío, repuso el Sr. Williams.

Y encendiendo un cigarro, levantóse y se despidió.

No había ofrecido á Fedovsky presentarle á la princesa, ni tampoco el conde tenía el menor interés en ello; pero habíase hablado de aquella dama lo suficiente para que el joven ruso pensara que acaso desearía alguna vez conocer á la dama. Por el pronto prefería no pensar más en el asunto y volver al casino.

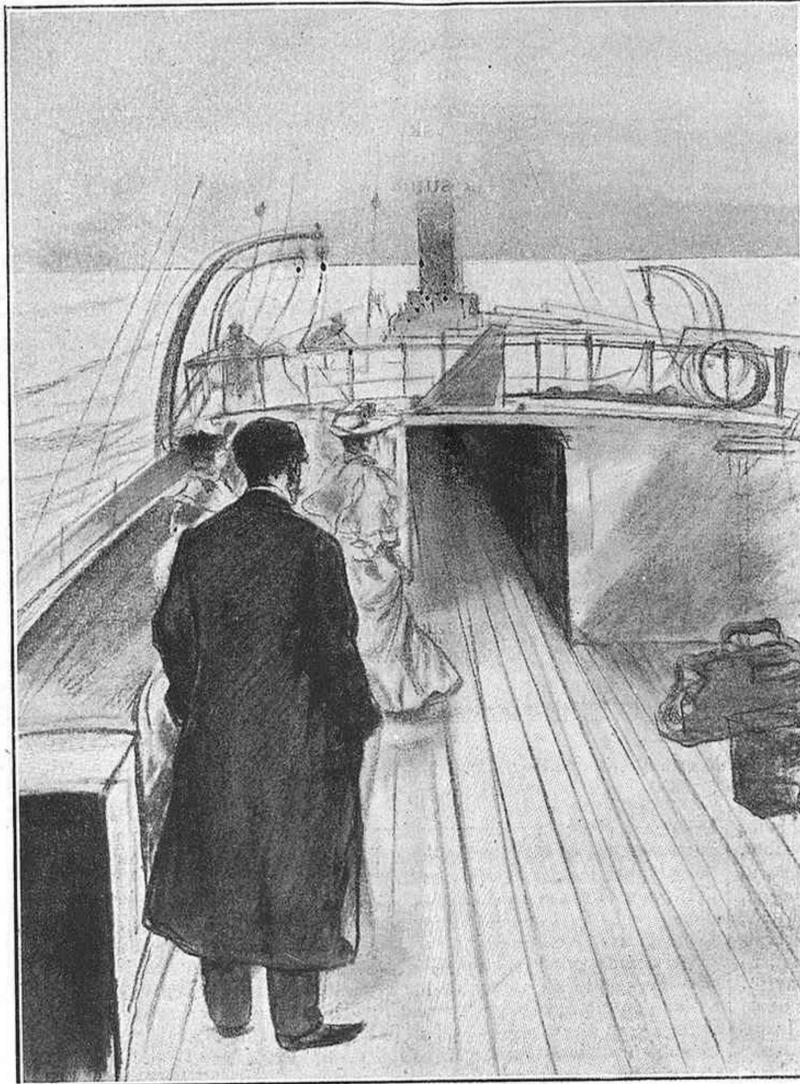
Esta vez puso en su cartera diez mil duros en billetes, y se limitó á puestas de mil pesetas cada una. Al principio favorecióle la suerte, mas al cabo de algunas horas le volvió la espalda y comenzó á perder de continuo. Sin hacer reflexiones sobre este incidente, que sólo tiene una relación indirecta con la historia, baste decir que el conde perdió su dinero, levantándose, al fin, de la mesa sin un cuarto. Al retirarse detúvose en el café para comprar una cajetilla de cigarrillos, y al ir á pagar echó de ver que no le quedaba un céntimo. Aquella era una nueva sensación, y no pudo menos de sonreírse. En el mismo instante vió al americano Williams, que estaba fumando á corta distancia, y al reconocer éste al conde se acercó presuroso para saludarle.

—¿Y bien, preguntó, cómo le han tratado? —Hablando con franqueza, repuso Fedovsky, lo que necesito ante todo es fumar. ¿Tiene usted un cigarrillo?

—No los uso, contestó Williams con aparente sorpresa; pero si quiere usted un habano, ruégole que le acepte.

Así diciendo le presentó la petaca. —Yo no acostumbro á fumar puro, dijo el conde; pero ya que usted es tan amable, haré por esta vez una excepción de la regla.

(Se continuará.)



Embarcose en el primer vapor que salía con rumbo á Génova...

cho su atención en la historia, pareció interesarse en el relato del conde, é interrumpióle para dirigirle varias preguntas sobre el aspecto y conducta del individuo en cuestión. Después le escuchó sin perder palabra, tomando muchas notas, sin que Fedovsky adivinase con qué objeto; y cada vez que éste se refería al Sr. Williams hacia alguna observación. El joven ruso continuó su historia.

IV

MONTE CARLO

A la mañana siguiente Fedovsky encontró á Williams en los jardines, y después de saludarse afectuosamente, los dos comenzaron á pasear, hasta que, llegados á un sitio en que los árboles eran muy frondosos y se disfrutaba de una vista magnífica, sentáronse en un banco para descansar.

—¿Jugó usted ayer mucho tiempo?, preguntó el americano después de una pausa.

—Más de lo necesario para que pudiese parecerme agradable, contestó el conde. Yo esperaba perder, y prolongué mi permanencia con este objeto; mas aunque una vez estuve á punto de conseguirlo, recobré lo que perdía y levantéme de la mesa más rico que antes.

—Pues yo, repuso el americano echándose un poco el sombrero hacia atrás y fijando su mirada en el azulado horizonte, estuve entre tanto más agradablemente entretenido de lo que yo esperaba, pues encontré anoche una de las más encantadoras mujeres que en mi vida he visto...

—Le felicito á usted sinceramente.

—Y añadiré, prosiguió el americano, que la dama es compatriota de usted.

—¡Ah! ¿Cómo se llama?

—Es la princesa Volgarouki, ó por lo menos así

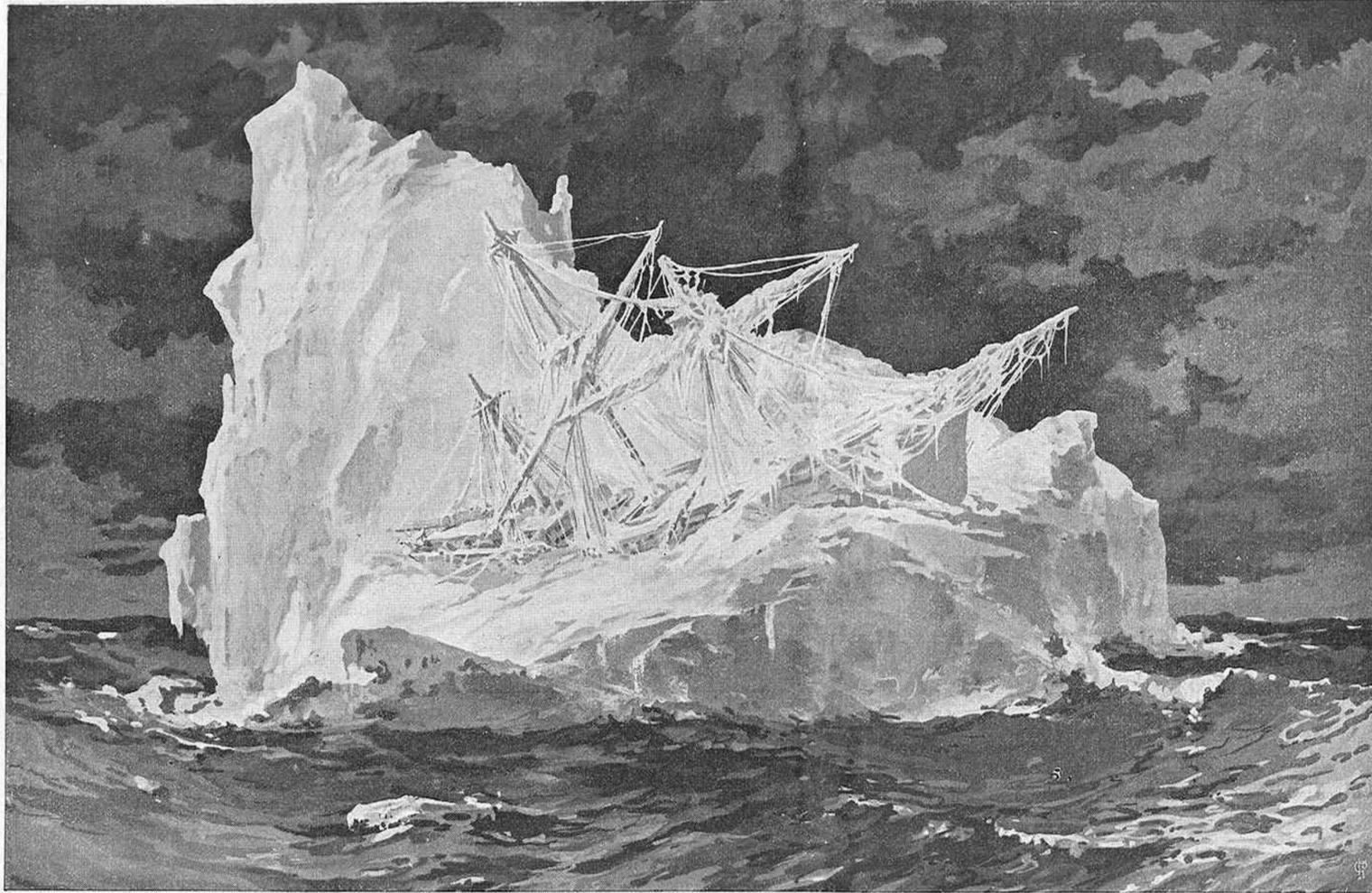
EL TERROR DE LOS MARES

De todos los espectáculos que el mar ofrece, ninguno tan trágico como el de un barco abandonado por su tripulación, errante y sin rumbo por sus inmensas soledades.

primeros los hace boyantes y capaces de resistir los embates del mar; si van cargados de madera son insumergibles de hecho, hasta que el casco se abre y separa y la carga se disemina por el Océano. Algunos de ellos, después de abandonados, han hecho viajes extraordinarios: la goleta *Alma Cummings* anduvo por el Atlántico 587 días y recorrió 5.000 millas. Todavía

la tempestad destructora asaltó al barco, se hizo amarrar a la rueda del timón y allí murió. De pie seguía en su puesto, con mano inerte asiendo la rueda, mirando a proa con ojos que no veían. Los que le hallaron abrieron un boquete en el casco, y el solitario y ya difunto timonel se hundió en las profundidades del mar, digno sepulcro de aquel moderno Vikingo.

Muchos de esos buques abandonados encierran misterios que nunca se han esclarecido. Sin duda la más extraña de todas las historias que a este propósito se cuentan, es la del *María Celeste*, que más bien parece una leyenda fantástica. Salió de Nueva York para Europa, en 1872, llevando a bordo trece personas, incluyendo en ellas la esposa y un niño del capitán. Dos semanas más tarde, una barca inglesa la encontró en el Atlántico, notando que no parecía que hubiera a bordo alma viviente. Envióse un bote que la abordó; un detenido examen probó que estaba tan silencioso como una tumba, tan desierto como una casa apestada. Todo estaba en su lugar; hasta los botes en sus pescantes. En el mismo estado se hallaban mastiles y jarcias y todas las velas desplegadas. La ropa de la colada estaba puesta a secar a proa; a popa había un toldo. Brújula, rueda y timón estaban completos. En el castillo de proa se vieron las vasijas con el rancho de los marineros. En la cámara había una máquina de coser, suspendida la aguja sobre un trajecito de niño y en la mesa los restos de un refrigerio. El cronómetro seguía andando en el departamento de mapas; la caja de caudales aparecía intacta. El cuaderno de bitácora, anotado hasta cuarenta y ocho horas antes de ser visitado el barco, demostraba que el viaje había sido bueno; el



Un barco abandonado incrustado en un témpano de hielo. Tal fué el fin que tuvo un ballenero

Porque el casco abandonado es el más temible de todos los peligros que amenazan al hombre de mar. Callado, invisible, subrepticio, es el temor del marino. Contra él ni la pericia, ni la vigilancia valen nada. Luces y silbidos, maderos y boyas, proclaman la proximidad de tierra; el latir de las máquinas, rumores de vida, indican al buque que se aproxima; los témpanos y campos de hielo se delatan por su fantástico resplandor y la frialdad del ambiente. El buque abandonado no avisa, no hace ninguna señal. La primera noticia que se tiene de su existencia es el crujido, el estremecimiento repentino del barco herido mortalmente.

Casi siempre pertenecen esos cascos a buques de madera, destinados a transportar la de construcción. Los de hierro se abren y hunden con rapidez, pero la robusta tablazón de los

lo es más el de la goleta americana *Fannie E. Wolsten*, que durante 1.117 días recorrió al azar los mares, en una extensión de 9.115 millas; fué vista cuarenta y cuatro veces.

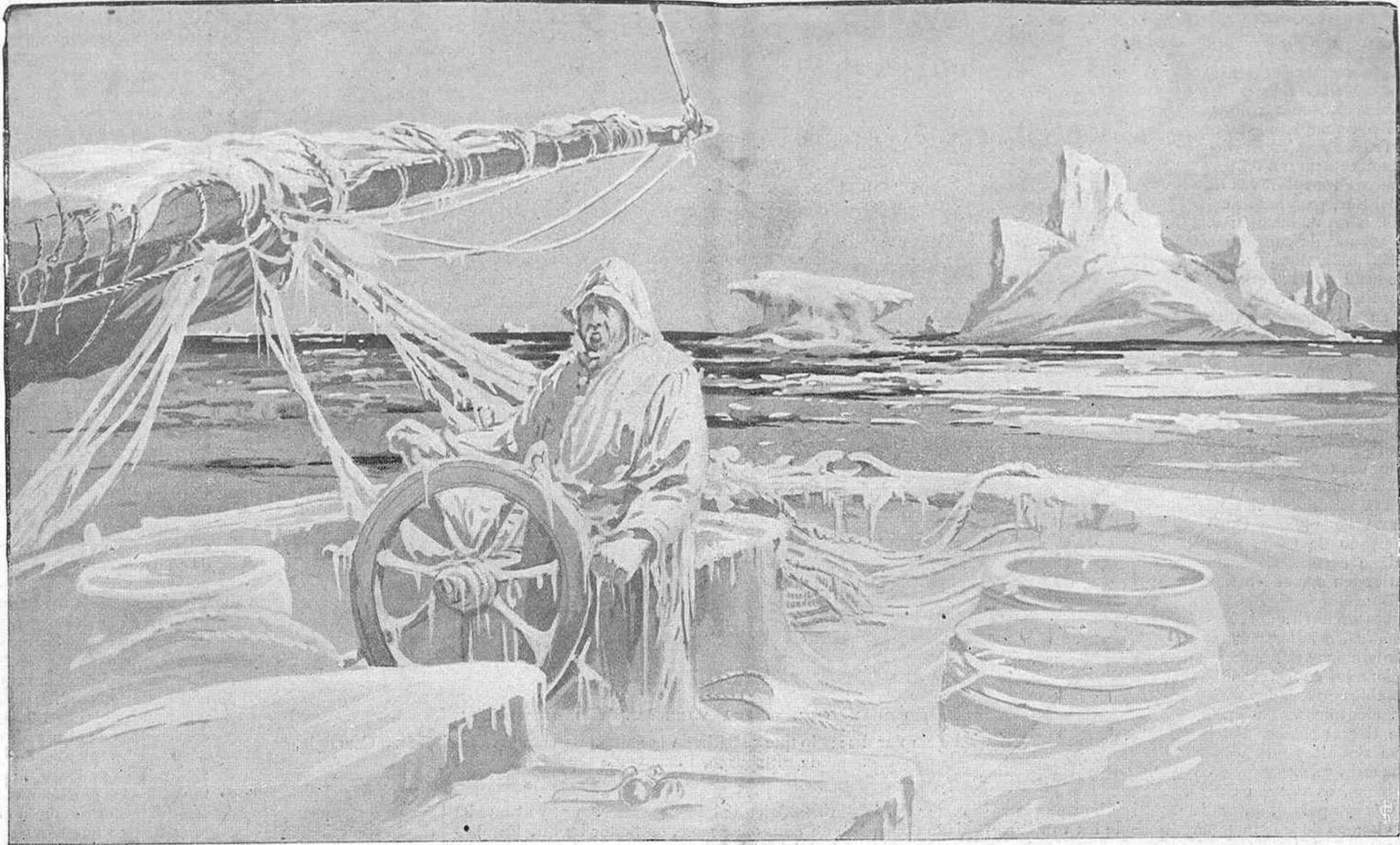
El materialismo moderno ha hallado en esos buques abandonados el origen de la famosa leyenda del buque fantasma. Hace cinco años, un buque que doblaba el cabo de Hornos vió el conmovedor espectáculo de un ballenero de Nueva Bedford incrustado en una montaña flotante de hielo. Había encallado en ella, poco a poco se había ido elevando, hasta hallarse a gran altura sobre el nivel del mar, cuyas heladas aguas lo habían soldado firmemente a su cristalino pedestal. Pero todavía más espantoso fué el hallazgo que hizo el *Ariebis*, barco dedicado a la pesca, que se encontró con un casco abandonado, cuya marcha dirigía la mano de un cadáver. Cuando

aspecto del buque probaba que no había corrido ningún temporal. Nada se vió que indicara que hubiesen ocurrido a bordo riñas, insubordinaciones, ni asesinatos. Sin embargo, trece personas habían desaparecido como por arte mágico y, desde entonces, ha quedado sin aclaración ese misterio, a pesar de que el gobierno de los Estados Unidos no ha omitido medio para lograrlo.

Otro nuevo misterio fué lo acaecido al bergantín *Resolven*, que salió de Terranova para Labrador, en agosto de 1884, y que, tres días después, fué encontrado por el barco de guerra inglés Mallord, sin alma viviente a bordo. Tenía desplegadas todas las velas, encendidas las luces de situación y ardiendo el fuego de la cocina. A popa y a proa todo estaba en su sitio; en una alacena yacía intacto un saco lleno de oro, destinado a



El mar de los Sargazos. Puerto de refugio de una escuadra de barcos cadáveres



Timonel muerto de frío, que continuó solitario en su puesto, agarrando con inerte mano la rueda del timón y mirando el rumbo, con ojos sin vista

la compra de arenques. El barco de guerra lo tomó á remolque y lo trajo á puerto, todo el mundo aguardaba con ansiedad noticias de sus once tripulantes, pero éstas jamás se recibieron. No se les ha vuelto á ver. Se supone que el barco chocó con un témpano de hielo, y arrojado al mar un bote, la tripulación, acometida de pánico, lo hizo zozobrar y todos perecieron.

Otro enigma es el del barco abandonado y en buen estado que, en medio del Atlántico, encontró en 1888 el *Elena Austin*; la tripulación había desaparecido sin dejar rastro. El *Austin* envió á su bordo algunos marineros para que lo llevaran á Nueva York. A causa de un fuerte viento, los dos barcos se separaron; algunos días después, el *Austin* dió otra vez vista al barco abandonado; la segunda tripulación había igualmente desaparecido. El misterio se hizo más impenetrable todavía. Con gran dificultad se consiguió que algunos hombres se embarcaran en él; el buque no llegó á ningún puerto; el enigma aún está por resolver.

Las naciones marítimas comienzan á preocuparse del formidable peligro que ofrecen los barcos abandonados; la Gran

Bretaña y los Estados Unidos se han puesto de acuerdo para ejercer una acción combinada. Ambas han establecido oficinas hidrográficas para reunir y publicar interesantes datos marítimos, en los que se incluyen el número, situación y movimientos de aquellos buques. Esas dependencias invitan á los capitanes de barcos á dar cuenta de todos los que hayan visto. El año pasado se recibieron 1.200 comunicaciones referentes á dichos buques y 3.000 á otros obstáculos para la navegación. El curso de cada uno de esos cascos se señala diariamente en grandes mapas, y todos los meses se publica uno en que están resumidos los resultados. Pero ni las oficinas mejor montadas bastan para hacer frente á ese peligro; porque al paso que toda tempestad destruye alguno de los más viejos, crea otros nuevos, cada uno de los cuales amenaza con terribles desastres por la razón misma de que no se sospecha su existencia y que marchan sin rumbo fijo. Algunos sólo recorren una milla por día; otros, centenares. Las mareas, el viento y las corrientes modifican su marcha, como también, en gran parte, su construcción, volumen y carga. Algunos navegan en línea recta, como si los guiara la mano del hombre; otros van siempre ha-

ciendo zizás. Muchos se conservan fuertes y compactos, otros son únicamente despojos de los que un tiempo fueron hermosos barcos. Por término medio dura su carrera unos setenta días, y donde más abundan es cerca de las costas de América. Un 30 por 100 tienen la quilla hacia arriba. Estos son los más peligrosos, porque con ellas abren el fondo de los barcos con que tropiezan. El gran refugio de esos restos sin dueño es el mar de los Sargazos, ese espacio de mar lúgubre y cubierto de plantas marinas, que se cree es el gran cementerio de una escuadra de buques muertos, más poderosa que ninguna de las marinas que hoy existen. Permanece inexplorado, según se dice, porque los vapores no pueden acercarse á causa de que esas plantas se enredan en las hélices, y los buques, de vela, una vez en él, quedan sujetos en los lazos de aquella vegetación, permaneciendo allí meses y hasta años.

Tal vez centenares de ellos están pudriéndose en la actualidad en aquel sitio y saldrán quizás dentro de algunos años en dirección al Norte para destruir algún soberbio transatlántico ó un modesto velero dedicado á la pesca.

P. T. MAC-GRATH.

ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
Sucesor de
BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, Paris y todas farmacias.

HARINA LACTEADA NESTLÉ
Contiene la mejor leche de vaca.
Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

HIGIENE de las SEÑORAS
DILUIDO EN AGUA EL
CRYSTOL
Es el remedio soberano de las afecciones uterinas de todo género. Cura en breve las *flores blancas*, las *metritis* y en general todas las *dolencias de las vías uterinas*. Su uso diario no ofrece peligro para los tejidos á los que asegura frescura, tonicidad y firmeza incomparables. Su delicado perfume lo hace agradable para el tocador íntimo de las damas.
PARIS, 8, Rue Vivienne, y en todas las Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY
destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

UN OSO

DE UNA NUEVA ESPECIE

A pesar de la incesante actividad de las instituciones científicas y de las personas aisladas que á las ciencias se dedican, todavía no se ha explorado por completo todo el campo de los descubrimientos zoológicos. No es necesario ir á Africa, ni á las comarcas inexploradas de la América del Sur, para hallar especies nuevas, hasta de mamíferos. Hace pocos años se descubrió una de comadrejas (animalitos preciosos, cuya longitud no excede de la de un lápiz ordinario, de color pardusco rojizo en el verano y blanco como la nieve en el invierno como lo son sus demás congéneres) en las inmediaciones de la ciudad de Pittsburgo, Estados Unidos. Aunque la Pensilvania Occidental hace ciento cincuenta años que está habitada por una raza civilizada, no se conoció la existencia del más pequeño de los carnívoros hasta el año 1900. En la actualidad se sabe que habitan la Pensilvania Occidental y el estado de Ohío, pero aún no se tiene certeza de hasta dónde se extienden por el Norte y por el Sur.

Los inmensos territorios del Noroeste de América, regados por las aguas del Columbia y del Yukon, han proporcionado, en estos últimos años, notables novedades á los exploradores científicos. La gran extensión de tierras blancas del Noroeste, con sus altos picos, extensos ventisqueros y sombríos bosques de coníferas, es todavía casi una tierra *inógnita* para el naturalista. Allí se han encontrado el carnero blanco de las montañas, el oso de los ventisqueros y diferentes variedades de otros grandes mamíferos. El último descubrimiento ha sido el de un oso blanco pequeño, descrito en enero de 1905 por Mr. Guillermo F. Hornaday, di-



EL OSO BLANCO DE TIERRA ADENTRO. (*Ursus kermodei*.)

De una fotografía del ejemplar disecado que se halla en la galería de mamíferos del Museo Carnegie, de Pittsburgo, Pensilvania

rector del jardín zoológico del Parque de Bronx, y al que ha dado el nombre de *Ursus kermodei*, en honor de Mr. Francisco Kermode, administrador del museo provincial de Victoria, en la Colombia inglesa.

En pocas palabras puede referirse cómo el museo Carnegie

adquirió ese notable y hasta ahora único ejemplar. Hace algunos años, Mr. F. S. Webster, el veterano taxidermista, recibió de una casa comercial muy conocida, de Nueva York, un lio de pieles que habían comprado en el mercado de Londres. En ese lio, donde había unas doce pieles, halló Mr. Webster una pequeña junto con un cráneo, que en seguida vió que no era la de un oso polar y que estimó ser de un oso negro albino. Compró la piel y la montó. Era uno de los animales disecados que tenía en 1896, cuando los directores del museo Carnegie le compraron su colección y entraron en tratos con él para que se encargase del trabajo de preparación de los ejemplares zoológicos del museo.

La patria del oso blanco de tierra adentro es la Colombia inglesa del Noroeste. Es cosa sabida que todos los años cierto número de esas pieles vienen desde esa comarca para su exportación, y el ejemplar que se halla montado en el museo Carnegie indudablemente fué una de las enviadas al mercado de pieles establecido en Londres, y clasificada equivocadamente como de un oso polar, fué remitida á Nueva York.

El pelaje de este oso difiere notablemente del del oso negro; es de un blanco de leche muy espeso y suave, y su capa inferior es lanuda. En toda la piel no hay un solo pelo negro; de este color tiene el hocico y las garras blancas. Tiene unos 67 centímetros de altura, desde las patillas á las plantas de los pies, y 1'35 metros de largo, desde la punta del hocico al extremo de la cola. La dentadura está completamente conforme con la de las mandíbulas fragmentarias del ejemplar tipo que han sido descritas y dibujadas por el naturalista que dió nombre á esa especie.

W. J. HOLLAND, director del Museo Carnegie, de Pittsburgo.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUCZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**
EXIGIR LA SIGNATURE
al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES
Depósito: BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, Paris.

**AVISO Á
LAS SENORAS**
EL APIOL DE LOS
JORET-HONOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ra} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES & Co. B^{is} St-Denis 16

VINO AROUD

CARNE-QUINA
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.